

LA  
ESCUELA  
DE LA  
AMISTAD

J. P. FORNER



DRPS  
FA  
856

UNIVERSITAT D'ALACANT  
Biblioteca Universitaria



0500772872

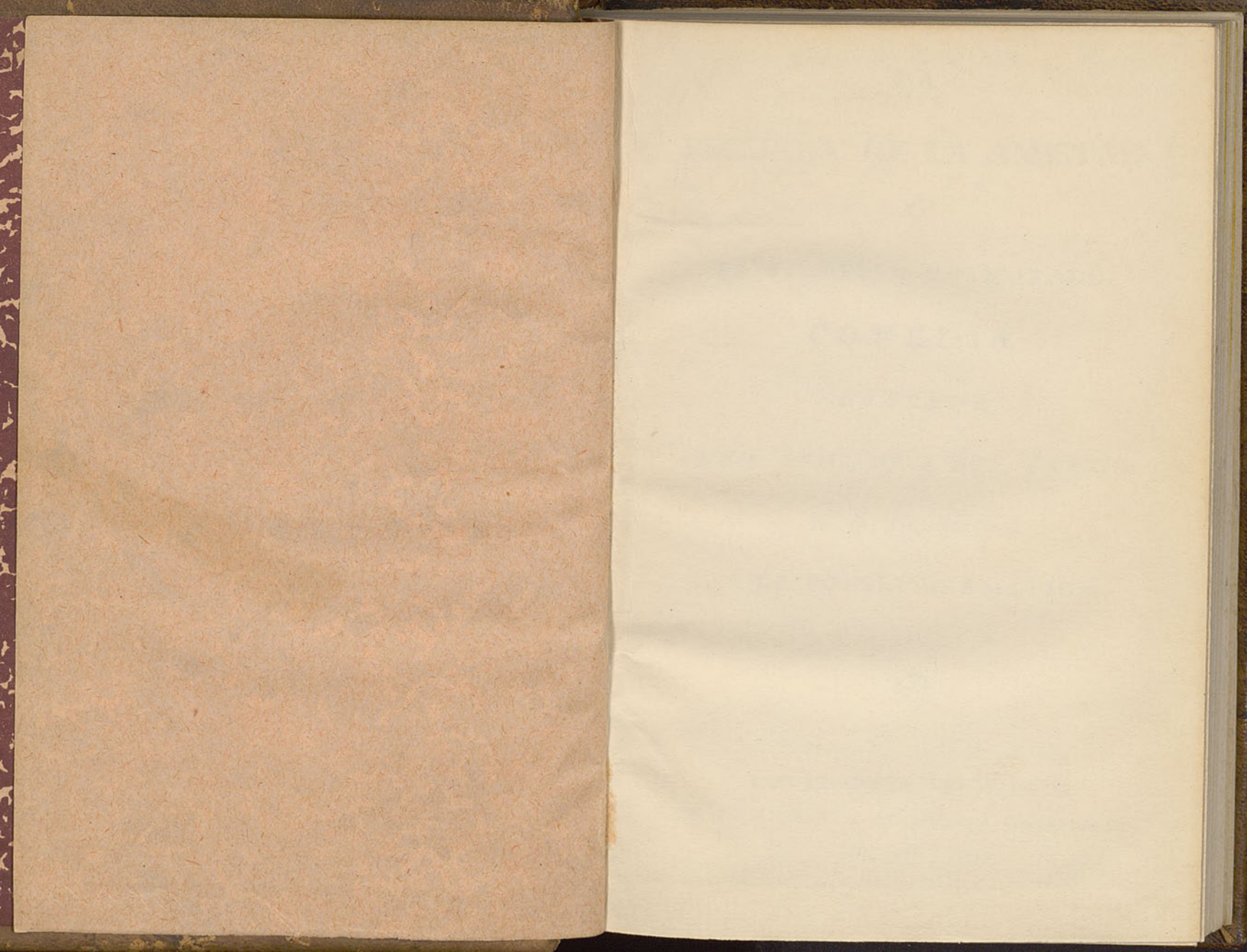
LA  
ESCUELA  
DE LA  
AMISTAD

J. P. FORNER

Ex Libris



Russell Perry Schold, III



FL DRPS FA/0856  
0500772872

LA  
ESCUELA DE LA AMISTAD  
Ó  
EL FILOSOFO ENAMORADO.  
COMEDIA.  
PRECETE  
UNA APOLOGÍA DEL VULGO  
CON RELACION  
Á LA POESÍA DRAMÁTICA.



CON LICENCIA EN MADRID.  
EN LA IMPRENTA DE FERMIN VILLALPANDO,  
AÑO DE 1796.

AL EXC.<sup>MO</sup> SEÑOR  
DON LUIS GODOY  
Y ALVAREZ,  
TENIENTE GENERAL  
DE LOS REALES EJÉRCITOS,  
GENTIL-HOMBRE DE CÁMARA  
DE SU MAGESTAD,  
&c. &c. &c.

EPÍSTOLA DEDICATORIA.

Las dulces risas y agradables juegos  
Con que en *Fábula* alegre nuestros ocios  
(¡Ocios felices!) ocupó Talía,  
Hoy van á Vos : y en ellos la memoria

De las horas dichosas , fausto tiempo  
En que festiva la Amistad con lazo  
De flores nuestros pechos anudaba.  
Entonces , ¡ah ! quán docto el regocijo  
Revolando en las gratas conferencias  
Avivaba el deleyte provechoso  
De las útiles Musas ! De Mirtilo  
Allí sonó la citara fecunda,  
Ya modulada á los heroycos sonos,  
Ya á la cómica sal , ya al delicioso  
Encanto de sus mágicas pinturas  
Que en gracias mil y mil se derramaban.  
Y allí tambien satírico mi plectro  
Con áspera irrisión sonar hacia  
Las hazañas del Vicio ; y de sus tonos,  
Riendo Vos , temblaban los malvados.  
¡Tiempo fugaz ! contigo arrebataste  
Tan suaves momentos Fenecieron  
Qual sombra leve los risueños días  
De la union venturosa : y de su nudo  
Solo nos dexas soledades tristes,  
Recuerdo amargo , y esperanza ardiente.  
Mas no , amable LUIS , no en lo profundo

Del olvido entrará de aquellas horas  
El empleo robusto : ni mezclado  
Vuestro nombre á los fútiles despojos  
De la turba vulgar , que en vano vive,  
Efímero será ; tal como brilla  
Relámpago veloz en negra noche.  
No así caducan los laureles sacros  
Con que las Gracias sus guirnaldas texen  
Al Ingenio feliz. Con los destrozos  
De la muerte se abisman en eterna  
Tiniebla los inútiles desvelos  
De la ambicion , de la mortal codicia,  
Fribolas pompas , y placeres vanos :  
Y allí sobrenadando en la corriente  
Rápida de los siglos , salvar saben  
Su memoria y su honor las dulces Musas,  
Las doctas Artes y el divino Genio.  
Tambien de ellas asido entonces triunfa  
Del filo de la Parca inexôrable  
El nombre afortunado que de apoyo  
Les fuera un dia y se gozó con ellas.  
Vos lo fuisteis. Asilo generoso  
Vuestra mansion á las errantes Gracias,

No ya seguridad , templo lograron,  
Y culto , y votos , y ara permanente :  
Donde en almo retiro , y al silencio  
De la nocturna paz , ofrendas dignas  
Nuestra mano á las Diosas tributaba.  
Jamás su umbral de la profana turba  
Hollado fue : ni el bárbaro bullicio  
De las almas estólicas osado  
Entró á su penetral , ni turbar pudo  
Los augustos misterios. Incorruptos  
De contagio plebeyo , conservaban  
Noble y decente el inspirado aliento  
Del Vate que al Oráculo subía.  
¡Oh ! quanto en esto vuestro firme juicio  
Lució ! ¡Quanto el decoro de las Musas  
Deudor os fue de su esplendor durable !  
Juglar lisonja ó risa truanesca  
No las envileció. No mercenarias  
Á insípido deleite ó gusto necio  
Su voz torcieron , y el acento ilustre  
Vencedor de la muerte y del olvido.  
El donayre gentil , la sazónada  
Gracia , y el chiste y la agudeza nobles

Allí de los ridículos abusos,  
Del vicio y la maldad vengar solían  
A la pura Virtud y Ciencia ingenua,  
Siempre alabadas , y oprimidas siempre.  
Triunfaba la Razon : que sin su imperio  
¿Qué vale el hombre ni su mente altiva ?  
Juguete vano á pasajeros gozos  
Esteril vivirá , qual pompa fragil  
Que el Otoño á los árboles desnuda.

Volved la vista á los oscuros fastos  
De la próxima edad , quando burlesco  
Baxo bufon , ó campanudo Numen ,  
Vagaba Apolo la region nublosa  
Del Iberio Parnaso. ¡Quantos Genios  
Del corrompido gusto arrebatados,  
Quanto espíritu grande ; quanta gloria  
Percieron errando en la tinieblas ,  
Risa de Europa , oprobrio de la Patria !  
Vigor inútil en espeso bosque  
No así cubre de rústico ramage  
La inculta tierra , qual creció pomposa  
En horrido follage y selva ingrata  
Del Genio Hispano la virtud fecunda.



Tal es, claro Mancebo, de las Artes  
La perplexa fortuna: y de su influxo  
Pendientes van en lazo indestructible  
La ignominia y la gloria de los pueblos.  
Ellas ilustran en edad ilustre,  
Y en vil edad deshonran y envilecen.  
Y el alto Ingenio, que en los faustos dias  
De saber y grandeza, á los remotos  
Siglos traslada de su Gente el nombre  
Envidiado y famoso; si la suerte  
Á ridiculos tiempos le destina,  
Traslada solo en sus conatos vanos  
Materia infausta á la irrision futura.  
Mas no, no impúta al desgraciado Genio  
Sus vicios y su error el limpio voto  
De la Posteridad. Lamenta, llora  
La pérdida fatal de ilustres Mentas  
Que para honor de los Mortales cria  
Nunca pródigo el Cielo. Al inhumano  
Disfavor la gran perdida atribuye;  
Y maldiciendo del Poder idiota,  
Indignada le silva y le escarnece.  
De tal riesgo irá exenta, irá segura,

Discreto Amigo, á los eternos bronce  
De la inmortalidad vuestra memoria:  
Y allí grabada en el metal luciente  
Al lado de los ínclitos varones  
Que arribaron qual Vos al arduo asiento,  
Leccion será y estímulo animoso  
Al Poder venidero, al negligente  
Poder, si ó yace estúpido en letargo,  
Ó se afana sin tasa, y se desvela  
Para adquirir infamia inextinguible,  
Premio de la ignorancia. Ni se aparta  
De Vos la fama en la carrera breve  
Que mide este vivir, en cuyo lustre  
La perplexa opinion fiera domina.  
Por Vos, si cuelga en la festiva Escena  
De mis versos el pueblo numeroso,  
Y suspenso y alegre me corona  
Con larga aclamacion y aplauso ufano:  
Ó si Mirtilo en números mejores  
Los abusos retrata, y de sí mismo  
Hace que el pueblo á su pesar se burle,  
Y adore luego el rayo que le hiere;  
Por Vos tal lauro nuestras frentes ciñe:

Y por Vos la razon no ya medrosa  
Se calza el zueco , y con despejo pisa  
La aun no purgada Escena. Aplauso vuestro  
Es nuestro aplauso : y ¡qual mas glorioso,  
Si debe un dia á vuestra mano España  
Limpio de horrendos monstruos su Teatro,  
Á su lustre y honor restituidas  
De la Virtud la Escuela deliciosa ,  
Y el aula de las Gracias apacibles ,  
Que deleitando y encantando enseñan ?

Crezca así vuestra gloria entre las Artes  
De la divina Paz : y ¡ah ! pueda tierno  
Prorrumpir quando os vea el pueblo Hispano:  
"Allí vá el Padre, el Bienhechor benigno  
"De las tímidas Ciencias. Por el alzan  
"La faz gozosa , y plácidas y bellas  
"La Virtud en su Imperio restituyen,  
"Y el nombre de su Patria inmortalizan."

(III)



## APOLOGÍA DEL VULGO

CON RELACION

### Á LA POESÍA DRAMÁTICA.

Quando el estupendo Lope de Vega osó afirmar en su *Nuevo Arte* de escribir Comedias sin arte, que para agradar al pueblo en las representaciones del Teatro, era preciso desnudarlas de toda regularidad, y dexarlas entregadas enteramente al capricho é imaginacion desenfrenada de los Poetas; no parece que quiso decir otra cosa, sino que el vulgo ha recibido la racionalidad solo para amar los despropósitos, y admirar las extravagancias. Quien oiga aquel fallo magistral, repetido y defendido fastidiosa y pertinazmente por todos los que no saben escribir sino desatinos, habrá de persuadirse que el vulgo carece absolutamente de sentido comun; que sus potencias no admiten el conocimiento de la verdad; que su juicio nace condenado por una fatalidad inevitable al error y á la depravacion de las ideas; que la verdadera belleza le debe ser eternamente desconocida; y por último, que

## (IV)

al vulgo no se le debe tañer sino música gatesca, ni se le deben labrar sino edificios churriguerescos, ni se le deben pintar sino mamarrachos, ni se le deben predicar sino gerundiadas: porque el vulgo no admite; ni aplaude sino lo monstruoso, lo absurdo, y lo extravagante. Pobre vulgo! Los Comicastros cargan sobre él la culpa de su propia incapacidad: y ufanos y triunfantes con el feliz suceso de sus sandeces y delirios, se aseguran tanto mas en su injusta recriminacion, quanto vén que en efecto son á veces los mayores despropósitos los mas celebrados.

Dos siglos ha que predomina en el Teatro Español esta opinion detestable, que achaca al vulgo la irracionalidad bárbara que le hace negado del todo al conocimiento de lo bueno y de lo bello. Los doctos de España, encerrados en los cotos de las profesiones lucrativas, ó entregados quando mas á una erudicion austérra, recóndita, y excesivamente prolixa, desdeñaron la amenidad de las Artes de ingenio; y como si temieran profanar sus ceñudas doctrinas con el maridage de los estudios agradables, miraron el Teatro con alto sobrecejo, y le dexaron en manos de la gente del oficio; quiero decir, de Poetas mercenarios, y de recitantes idiotas. Los Poetas, sin ningun género de freno, y obligados á escribir mu-

## (V)

cho para ganar mucho, se entregaron con furor á los ímpetus desconcertados de la fantasía, y todo lo representaron, ménos la verdad y la decencia. Los recitantes, árbítrios supremos para imponer la ley á los Poetas, siendo idiotas impusieron leyes idiotas. El vulgo indocto en sí, y ansioso de divertirse de qualquiera suerte, se acostumbó á admitir las monstruosidades á favor del deleyte que lleva en sí toda imitacion, representacion, ó remedo; porque es muy cierto, que las Artes imitativas agradan principalmente porque *imitan*, porque copian y contrahacen. No hay que buscar en otras fuentes la depravacion de nuestro Teatro. Considerado éste como un mero instrumento de lícitud ambigua, para dar al pueblo tal qual entretenimiento, en el concepto de los Moralistas, pasó por abominable; en la opinion de los sábios pasó por ocupacion fútil; y los que pudieran saber las reglas por la vasta comprension de sus estudios, ni las recomendaron, ni las practicaron. El siglo tambien, que declinó hácia las sutilezas y ojarasca poética quando se cultivó con mas fervor la Poesía dramática, dió el último toque á la corrupcion, que muy desde los principios se habia introducido en la escena Española. Esta es, en pocas palabras, la grande historia de nuestros delirios teatrales: en la qual nunca tuvo el vulgo otra

## (VI)

culpa, que la de no haber apedreado á los primeros que le acostumbraron á gustar de los despropósitos. Pero en el vulgo no hay otra regla de discernimiento que la del deleyte; y como los monstruos deleytan tambien en la imitacion, mal podía conocer el vulgo, si el placer que sentia en la vista de aquella irregularidad, nacia de un principio racional, ó de un sentimiento maquinal, independiente de la reflexion, y del juicio.

No haré yo cargo á un desgraciado Poeta alquilón que venda sus escenas para comer, de que en sus rapsodias dramáticas siga el rumbo que le señalaron ingenios grandisimos, quales lo fueron indubitavelmente Lope, Calderon, Velez de Guebara, Castro, Mira de Mescua, Moreto, Solís &c. No le culparé de que puesto en la corriente de la corrupcion, deribada de causas muy arraigadas en la constitucion de nuestras ciencias, estudios y operaciones, se dexé llevar de ella suavemente, y tome el dinerillo que necesita para sustentar las necesidades de esta miserable vida. No le reprehenderé por que no intente en el Teatro una reforma, que él sería incapaz de hacer; y se ajuste del modo que pueda al abandono que experimenta la escuela general de las costumbres, y de los modales urbanos. Hasta aquí puede permitírsele á un mal Poeta, ya que

## (VII)

nuestros pecados son tantos, que se considera el Teatro solo como un mal tolerado para que se pèque menos. Pero quando este mismo Poetastro, queriendo hacer del docto y del entendido, se arroje desde los despropósitos de su Musa alquilona al exceso de defender las monstruosidades, con la vieja y rancia cantinela de que el vulgo no gusta sino de desaciertos; entónces creeré yo tener derecho para conjurarle el error, y darle á entender, que las cosas buenas en sí, son enteramente amables: y que esta es la diferencia que hay entre lo que agrada por extravagante, y lo que agrada por bello; á saber, que lo primero es variable y perecedero, como fundado en los caprichos de la ignorancia humana; y lo segundo, es evidente é indestructible, como fundado en las leyes inalterables de la naturaleza. Porque es muy cierto, que así como la verdad y la virtud son cosas que no pueden dexar de agradar eternamente á los hombres, por mas bárbaros é ignorantes que sean, así tampoco puede dexar de agradarles la verdadera belleza en las obras de las Artes, por que esta belleza no es otra cosa que la imitacion artificiosa de lo que la naturaleza executa en sus obras y seres; y lo que esta executa en sus obras y seres, agrada y agradará siempre á los hombres.

Para que se entienda esto con facilidad,

(VIII)

y se conozca á todá su luz la injusticia con que el gran Lope trató al vulgo , y á su gurupa los insípidos imitadores de su desquadrada imaginacion, no hay sino poner á la vista la verdadera naturaleza del Arte Dramático, y el blanco y fines á que se enderezan sus reglas.

El alma ó esencia de las composiciones Dramáticas es el remedo ó la imitacion : lo que se remeda ó imita son las acciones de los hombres : las acciones de los hombres proceden siempre del genio , índole , inclinacion y pasion que predominan en cada uno : y estos mismos impulsos hacen que sus obras sean buenas ó malas , nobles ó ruines , bellas ó ridículas. Aquí está el campo en que se exercita el Arte Dramático ; y aquí está en estas pocas palabras el gran depósito de aquellos materiales durables , que bien empleados por el Poeta , le grangearán aplausos y admiracion eterna ; ora escriba quando el gusto del público se halle estragado , ora quando sepa discernir la imitacion monstruosa : lo que agrada siempre en la verdad misma de la naturaleza , no puede dexar de agradar en el remedo y la copia. No así en lo que pende del puro capricho ó antojo facticio de la razon humana mal ordenada. Como esto es fantástico, y desconocido en el orden natural de las cosas , está sujeto á continua caduquez y des-

(IX)

truccion , ni mas ni menos que sucede en las modas , de las cuales nadie sabe dár razon , ni acarrear otro placer que el de la novedad pasajera. Las monstruosidades del Teatro agradan por el mismo motivo que las modas. Los Dramas ajustados á la verdad de la naturaleza , agradan por la razon que agrada la naturaleza misma.

Es, pues , la primera regla del Arte Dramático *la verosimilitud*. Debe haber verosimilitud en la accion de la fábula : debe haberla en la constitucion , ó modo de conducirla : debe haberla en las costumbres : debe haberla en los lances ó situaciones ; y por último debe haberla en los pensamientos y en las palabras. Porque ¿ qué viene á ser la *verosimilitud* en las composiciones dramáticas? No otra cosa que el Arte de representar en cabeza de personas fingidas las acciones de los hombres que existen realmente , y los acontecimientos que estas mismas acciones ocasionan en el comercio de la vida. El almacén (digámoslo así) de donde se toman las materias para la construccion de esta verosimilitud , es la filosofia práctica, ayudada de la experiencia y conocimiento del mundo. Pocos son los que ignoran que las pasiones son los moviles de las acciones humanas : pero los medios con que obran estos moviles , y los efectos que producen en la conducta de cada hombre, son

(X)

cosas de suyo tan abstrusas, y sujetas á tanta variedad, segun el concurso de las circunstancias, que sin el auxilio de un estudio profundo y observacion diligente de lo que es y obra la naturaleza humana, apenas dará el Poeta Dramático una pincelada que no degenerare en monstruosidad. Las pasiones constan de caracteres fixos é inalterables, que resaltan constantemente en la conducta de los hombres. Se sabe ya como obra un avaro, como un ambicioso, como un vano, como un disoluto &c. y el estudio y representacion de estos caracteres serian muy fáciles, si se dexasen ver siempre en la simplicidad de su naturaleza, no mezclados, ni complicados con otros afectos. Pero como el corazon humano es un depósito de las pasiones todas; y aun quando predomine en él una con especialidad, exercen tambien las demas un cierto influxo que imprime mucha variedad en los efectos de la pasion que predomina: de aquí es, que solo á muy grandes Filósofos, y muy experimentados en el comercio de la vida es dado alcanzar estas variedades, estos caracteres mestizos, y representarlos con propiedad y verosimilitud. La edad, el temperamento, el estado, la educacion, los objetos mismos sobre que recaen las pasiones, alteran, modifican y varian de tal modo sus efectos, que estando reducidas á muy poco número las raices de todas, es in-

(XI)

calculable la diversidad de aspectos con que se presentan en las obras y conducta mortal. Es una la ambicion, y son innumerables las especies de ambiciosos: es una la vanidad, y son infinitas las especies de vanos. En una palabra: la historia de las pasiones es muy semejante á la de los brutos. Los caracteres genéricos de estos son muy pocos: las variedades específicas aun no se han reducido á cálculo.

Tal es, empero, la piedra de toque, por donde, aunque sin saber dar la razon de ello, estima el pueblo el valor de las buenas representaciones dramáticas: y tal es el valor que distingue del falso el verdadero Poeta Dramático. En el trato de la vida experimentan los hombres diariamente los efectos de las pasiones con la misma variedad infinita de que hemos hablado: y esta experiencia les dá el discernimiento que se necesita para conocer y admirar la propiedad de la copia. Quanto mas sea esta verosimilitud; quiero decir, quanto mas se acerque á lo que los hombres hacen y obran en la comunicacion de unos con otros, tanto mas admirada será, tanto mas grata y acepta al pueblo. ¿Acaso el mérito de un retrato, no está en que se equivoque con el original? ¿Y ha habido hasta ahora quien por rudo, por tosco, por idiota que sea, haya dexado de celebrar un buen retrato?

Retraten los Poetas al hombre qual es en si: pongan en la escena sus pasiones, sus deseos, sus inclinaciones, sus cuidados, sus procederes, y lograrán, sin la menor duda, ser admitidos en todos tiempos: porque en todos tiempos serán los hombres unos mismos. Los viejos y mancebos de Terencio son los mismos que los de hoy. Aun quando varían los usos de las naciones, no varia la excelencia del pincel que los pinta. Así se conserva la historia de la inconstancia humana: y en esta parte las composiciones Dramáticas son los verdaderos y mas útiles anales de las Naciones. Pero no hay la misma facilidad en los Poetas para representar bien los caractéres de las pasiones, como la hay en el pueblo para discernirlos. Y aquí es donde estando toda la culpa de parte de los malos Poetas, quieren salvar su crédito á costa de desacreditar al inocente vulgo. La ignorancia y la ineptitud de ellos para la execucion, la achacan á una ingorancia que no hay en el vulgo realmente. El vasto campo de la verosimilitud está muy abierto, y muy accesible á la comprehension del vulgo, digan lo que quieran los Poetastros de alquiler; pero está muy cerrado y muy duro para la insensatez de los Poetastros. Nada bueno se puede hacer en la profesion Dramática sin estudio, sin observacion, y sin talento proporcionado. Con el estudio se

adquiere el conocimiento especulativo de las pasiones: con la observacion se consigue notar practicamente en el trato del mundo los modos innumerables con que estas mismas pasiones se modifican segun las circunstancias en que obran: y aun estos dos requisitos quedarán estériles, si la naturaleza no dota al Poeta de un cierto instinto, de un cierto temple de capacidad, apta para representar bien las ideas adquiridas con el estudio y la observacion. Estos instintos los escasea mucho la naturaleza; y aun quando fuera muy liberal de ellos, siempre hallarían los Comicastros mas comodidad en escribir monstruosidades, que en ajustarse á la lentitud grande y melancólica que requiere la puntual representacion de la naturaleza humana. Lope necesitaba el Teatro para comer; y la ganancia estaba en vender abundantemente su mercancia. Amaba por otra parte la gloria; y para conservar los laureles tomó el rumbo de achacar á la necedad del vulgo los delirios á que le obligaba la necesidad de su vientre.

Mas no basta que las composiciones dramáticas sean *verosimiles*, es menester que tambien sean *bellas*. La verosimilitud constituye por sí un cierto grado de belleza: y esto se vé en que todas las cosas bien imitadas ó inventadas con naturalidad agradan á todo género de gentes. Pero esta be-

Belleza sola por sí causaria un placer muy languido en el Teatro : porque de la misma suerte que en el trato ordinario de la vida civil nos hacen muy poca impresion los sucesos comunes , frecuentes y regulares que engendran los estados , y las ocupaciones de los hombres ; así tambien nos heriria muy poco en la escena la imitacion de estos sucesos ordinarios , por muy grande que fuese la propiedad con que se representasen. Por otra parte , es menester ajustar las imitaciones al fin de cada Arte. De un modo copia la Historia , de otro la Poesía : el fin de esta es , enseñar deleytando. El deleyte , pues , es un ingrediente principal en las imitaciones dramáticas : y de tal modo , que si falta el deleyte en ellas , falta lo sustancial de su estructura. Debe , pues , el Poeta Dramático enseñar por medio del placer ; pero por medio de un placer racional , propio , bello en una palabra. Porque la belleza es el instrumento del placer : y tanto en la naturaleza física como en la moral , nada hay , nada existe , que no agrade por la belleza con que se presenta á nuestros sentidos , ó á nuestra comprehension. Esta es una de las leyes mas admirables que la benéfica Providencia ha establecido en el orden de la naturaleza racional. Hizo deleytable quanto nos es útil , para que lo apreciásemos. Hizo fastidioso quanto nos es

pernicioso , para que lo repugnásemos. Lo deleytable es bello : lo fastidioso feo y torpe. El mal está en que pervertidas la razon y la voluntad humana , han traspasado los límites , y á fuerza de inventar placeres materiales , han subordinado la parte racional á la brutal , y han adulterado así las ideas primordiales de la Belleza.

Los sábios antiguos inventaron las Artes para ocurrir á esta depravacion. Escudriñando con sagacidad profunda el laberinto de la naturaleza humana , é investigando los fines y destinos de sus potencias , consumaron por fin la grande empresa de reducir á reglas todos los ministerios del entendimiento. Regularon el juicio por medio de la Lógica : el ingenio por medio de la Poesía : la locucion por medio de la Oratoria. Con la primera enseñaron los medios de hallar la verdad y de mostrarla : con la segunda los medios de hacer bellas las imitaciones de la verdad : con la tercera los medios de persuadir la verdad con el instrumento de la palabra. Las reglas que contienen estas Artes , son seguras , ciertas , constantes , esenciales para que el entendimiento desempeñe los ministerios de sus potencias del modo que conviene á los fines y destinos de la racionalidad humana. Si esta no estuviese depravada , ni sujeta al error y extravio , estas Artes serian inútiles :



## (XVI)

ó por mejor decir, nunca hubiera necesidad de inventarlas. Pero el riesgo de la depravacion inspiró las reglas: y con ellas posee el entendimiento un hilo seguro para caminar sin peligro de perderse en el laberinto de sus mismas obras. Los que maldicen, pues, de las reglas de la Poesía Dramática, maldicen propiamente de los destinos de su misma racionalidad: son defensores de los delirios, abogados de la insensatez, fautores y patronos del entendimiento corrompido. Hacen lo mismo que los que intentasen desterrar el estudio de la Lógica, fundándose en que el hombre raciocina naturalmente: el de la Oratoria alegando que es natural en el hombre el conato de persuadir lo que desea. Los mismos Poetastros que patrocinan el desarreglo de la escena por la utilidad que en ello experimentan, harán recia irrision de una oracion gerundia, quando les venga á cuento hablar del estado miserable á que decayó entre nosotros la eloqüencia del Pulpito: y sin embargo, entre un monstruo teatral de los que ellos abortan, y una oracion gerundia, no hay mas diferencia que la que resulta de la diversidad de las Artes á que cada obra pertenece.

*Enseñar deleytando por medio de la accion verosimil: tal es el objeto del Teatro. La belleza es la madre del placer, es la que*

## (XVII)

le excita y produce. Y el placer en la Poesía sirve señaladamente para que á vueltas de su alhago se beban las lecciones útiles, que propuestas en tono seco y didáctico, no serian oidas ni recibidas. ¿Y qual es la belleza que corresponde á la Poesía Dramática? No otra que la que se ajuste á los principios de la razon bien ordenada: no otra que la que sin desviarse de los principios de la razon bien ordenada, excite mayor placer, y llene los fines de cada obra. La Historia tiene sus reglas: tiénelas la Poesía. El Poeta que mezcle entre sí estas dos Artes, forjará un monstruo: y será el monstruo mucho mas deforme, si la Historia pasa á la escena revestida con los accidentes de Drama. Las acciones todas de un héroe enseñan en la Historia, porque allí se vén las causas que le induxeron á obrar, y los efectos malos ó buenos que sus acciones ocasionaron, á veces en su nacion, á veces en la suya y en las estrañas. En la escena no pueden verse estos moviles y efectos: y la representacion de las hazañas de un héroe viene á quedar en un simple embeleso que nada enseña ni significa. Por lo tanto, aunque los Dramas históricos, tan abundantes en nuestro Teatro, causen placer al vulgo quando se le representan, este placer no nace de la bondad de la obra, sino de las mismas cosas en sí, siempre agradables de

qualquier modo que se vean. Nadie hay que no guste de un buen diamante, aunque le vea engastado en corcho: ó lo que es mas ajustado á nuestro intento, nadie hay que no guste de los jaspes, mármoles y pórfidos, aunque empleados en un edificio monstruoso. El pueblo no se para en la deformidad del edificio dramático, embelesado con la hermosura de la materia. Carlos V., por exemplo, agrada en la escena por la misma razon que admiraba aquel Cesar á sus contemporáneos. Aquí los aplausos van al héroe, no al Poeta. En los Dramas sensatos van al Poeta únicamente: porque siendo todo suyo, materia, y estructura, recae el aplauso sobre el creador. Si los Poetas quisieran entender esto, se contentarian con vender sus obras, sin aspirar á engreirse con ellas, porque las ven aplaudidas.

La belleza nace parte del *artificio*, parte del *talento*. Al *artificio* pertenece lo que se llama *regularidad*, de cuyas leyes están llenos los libros en que se enseña la Poética. La regularidad sirve en la Poesía Dramática para el mismo fin que les sirve al pintor y escultor el estudio de la Anatomía. El hombre ama naturalmente el orden y la proporcion, porque vé impresas estas qualidades en todos los seres de la naturaleza: cada ser posee sus proporciones, que qua-

dran con los destinos á que ha sido creado: y el Poeta en esta parte no hace mas que imitar el orden natural de las cosas, y seguir sus pasos. El fin ó destino de las obras dramáticas es enseñar por medio de la accion: esta accion, pues, debe ser natural, proporcionada, construida de tal modo, que no repugne al orden con que las obras de la naturaleza llenan continuamente sus fines. En el orden de la naturaleza entran las pasiones de los hombres, y los acontecimientos que éstas producen. Si el Poeta no pinta con naturalidad estos acontecimientos, quiero decir, si hace que las pasiones obrén como no deben: si las fuerza, si las violenta, si las desquicia del tenor con que ellas proceden naturalmente, no pintará la vida de los hombres, sino su propia fantasia: y entónces no hará un quadro dramático, sino una mamarrachada: una obra que no hallará en la naturaleza otra á quien se parezca. Esta obra no será *bella*: porque la desproporcion de los *medios* con el *fin*, de las *partes* con el *todo*, desconcertará la estructura natural que le corresponde. Aquí tienen su lugar las leyes de las unidades, de los episodios, de las partes de las fábulas &c. pero se debe entender, que estas leyes no solo se enderezan á que la obra sea verosímil, sino á que sea sumamente bella; tal como en la Escultura no solo sirven las

reglas para hacer estatuas regulares, si no principalmente para hacerlas hermosas y agradables, cada una en su género. El artificio une en sí lo mejor del orden que existe realmente en la verdad de la naturaleza: esta procede con orden y proporciones, mas no siempre con orden y proporciones que causen placer muy vivo. Los inventores de las Artes buscaron en la conducta de la naturaleza aquellos modos de obrar y ordenar que engendran mayor placer; y por esta imagen ó idea (para hablar platónicamente) modelaron la construccion de las composiciones dramáticas. No es lo mismo ser una cosa *extraordinaria*, que ser monstruosa: al revés, de lo *extraordinario natural* nace casi siempre la belleza; y en este *extraordinario natural* consiste propiamente la belleza de la forma, constitucion y economía de las fábulas poéticas. Un suceso puede representarse naturalmente de infinitos modos; pero la Poesía enseña á representarlo por los medios mas agradables. Si los Poetastros tuviesen bastante capacidad para comprehender esta magia del artificio dramático, acabarian de convencerse de que hay mayor seguridad en agrádar con las reglas, que con las monstruosidades. El mal está, en que los Poetastros ni comprehenden este encanto del artificio, ni quando lo comprehenden, acertarán á expresarlo del modo conve-

niente. Si quieren ajustarse á las reglas, no haran mas que cadáveres; porque faltándoles el talento, no sabrán inspirar alma á la regularidad.

Al *talento*, pues, toca llenar debidamente el objeto de las reglas, llevando la *belleza* al mayor grado de perfeccion que sea dable en cada especie de obra. Y aquí es donde el ingenio, ayudado del estudio y de la observacion, sabrá hallar y escoger las acciones, los caractéres, las ocurrencias y accidentes que mas conduzcan para que la regularidad tenga vida, aliento, y todos aquellos hechizos que arrebatan irresistiblemente la admiracion y aplauso del auditorio. Las reglas no suministran la materia de las acciones, pero enseñan á inventarlas con novedad y naturalidad agradable: no alcanzan á crear caractéres, pero enseñan á hacerlos obrar con propiedad: no inspiran episodios, pero enseñan á enlazarlos con la accion principal, para que formen con ella un todo proporcionado: no engendran situaciones, pero enseñan quales son las mas bellas, y su economía y distribucion para que progresivamente crezca el interes: no hallan desenlaces, pero enseñan á ejecutarlos quando convenga, y como convenga. El campo de las acciones, de las costumbres, de los episodios, de las situaciones, del interes, del nudo, y del desenlace de la fábula, está

abierto á la invencion del Poeta : y en su mano está buscar y escoger lo mejor , lo mas bello , y mas oportuno. Hecho este hallazgo y esta eleccion , las reglas surtirán todo su efecto; la obra será perfecta, la magia del artificio encantará sin remedio: porque entónces se unen entre sí las bellezas del arte con las bellezas del ingenio ; y la naturaleza misma se verá vencida en esta union maravillosa. Se verá vencida , decimos , y con razon : porque en la verdad de esta lo *extraordinario* yace como abismado entre la muchedumbre infinita de sus operaciones comunes; y solo se dexa ver, ó de tarde en tarde , ó á los que la observan con diligencia: y en las obras dramáticas aparece siempre la imitacion de lo mas extraordinario que ella executa , tanto en sus operaciones , como en el modo de desplegarlas. Rara vez , por exemplo , se verá en el órden comun de las cosas un conjunto de accidentes tan nuevos , y agradables como los que acumuló Plauto en su Avaro: pero como dentro de los términos de la verosimilitud caben todos aquellos acontecimientos , el Poeta , aplicando á una sola persona y á un solo hecho los que se verifican en muchos , ( ó pudieran verificarse naturalmente , por no haber en ello imposibilidad) hace extraordinaria su obra : es decir , la hace bella , y se apodera así del corazon de

los oyentes. La grande habilidad del Poeta está en saber buscar este *extraordinario natural* , fuente y origen de la belleza. Aquí obran de mancomun el talento , el estudio y conocimiento del mundo. Saber inventar acciones nuevas , pero naturales ; caracteres abultados , pero verosímiles ; situaciones picantes y exquisitas , pero necesarias ; episodios estraños , pero oportunos ; enredos apretados , pero no violentos ; desenlazes inesperados , pero que vengan como nacidos de la misma accion : saber , digo , hallar y executar todo esto , es dado solo á los que conocen al hombre , y las posibilidades de la naturaleza. ¿ Y cuánto desvelo , cuánta experiencia , cuánta perspicacia no presupone este conocimiento ?

El don de inventar

Pero la verosimilitud y la belleza deben ajustarse al *fin* de cada obra , porque segun es el fin , así varian los medios , y con ellos se modifican la belleza y la verosimilitud. El fin de las Tragedias es , para mí , enseñar á los poderosos la inconstancia de las grandezas humanas. Todo , pues , habrá de ser grande en ella ; porque la fatalidad en cosas pequeñas hace poca impresion en los poderosos ; y entónces no resulta el escarmiento que se les debe ofrecer á la vista , para que aprendan á moderarse , y comedirse en el uso del poder. La accion será grande , lo serán las perso-

nas, las pasiones, los sucesos, las situaciones, las mudanzas, y los éxitos ó desenlaces. Si qualquiera de estas cosas aparece pequeña, mezquina y ruin en una Tragedia, no podrá de modo alguno llenar su fin; y la misma distancia entre las cosas hará palpable la verdad de esta observacion. Si á personas grandes las hace obrar el Poeta en accion pequeña, tal como en unos amorcillos de pisaverdes, en fraguar el casamiento de un amigo, ú otras cosas tales de que están llenas nuestras Comedias, entónces, sobre no resultar el fin del escarmiento atroz, se degrada la magestad del personage, y no aparece en la escena sino como pudiera un Don Juan, ó un Don Diego. La persona grande se acomodará necesariamente á la mezquindad de la accion: y ve aquí por qué en casi todas nuestras Comedias de Reyes parecen estos tan baxos y miserables. Si la accion es grande y las personas pequeñas, sucede lo mismo en razon contraria: las personas estarán fuera de su elemento; los sucesos les vendrán muy holgados; sus pasiones serán gigantescas, y todo en ellas forzado, y como si las estirasen con máquina, á la manera de aquel tirano que descoyuntaba á sus huespedes de corta talla para que llenasen la medida del lecho. Lo mismo á proporcion acaece en la Comedia. El fin de esta es corregir los vi-

cios del pueblo por medio de la ridiculez. La risa entra esencialmente en el caracter de la Comedia. Es, pues, menester que todo sea en ella popular: nada alto, nada sublime, nada que salga de los términos ordinarios de la vida civil. No se curarian los abusos, si la ridiculez recayese sobre materia no apta para engendrarla. Los defectos mismos en que caen las personas poderosas consideradas meramente como hombres, hallan su antidoto en este quadro ó espejo de las costumbres viciosas: porque tanto puede aprender un Príncipe en el Avaro de Moliere, como qualquier simple ciudadano. En la Tragedia se representan los peligros de los empleos supremos: en la Comedia se representa al hombre sin empleo: por lo mismo ésta abarca mas campo, y su utilidad es transcendental á todo género de gentes. Las bellezas, pues, de la Tragedia han de manifestarse todas con el color de la sublimidad: las de la Comedia con el de la familiaridad comun que se observa en la vida sociable, y en las ocupaciones del pueblo.

Mas no por esto se entienda que pretendo reducir rigurosamente las obras dramáticas á las dos solas especies de Tragedia y Comedia irrisoria. Estoy muy léjos de asentir á la rigidez impertinente de ciertos eruditos broncos, que asidos á no sé qué

reglillas de pura arbitrariedad, han querido cercenar las alas al ingenio humano, y estrechar los límites de la verosimilitud, como sino fuese posible enseñar en la escena sino haciendo llorar ó reir. Hay en el hombre mil sentimientos deleytables, independientes de la lástima y de la risa; ó para decirlo con mas claridad, son muchas las cosas que deleytan al hombre, sin que ó se compadezca ó se ria; y son tambien innumerables los acontecimientos que pueden enseñar al hombre por medio de aquellos otros sentimientos que no arrancan lágrimas ni carcajadas. No todo placer nace de la ridiculez: y la representacion de las acciones buenas en cierto grado, y por cierto aspecto, causarán en el pueblo una impresion tan deliciosa, como la del caracter mas ridiculo. Y pues la naturaleza humana está amasada con una gran diversidad de sensaciones deleytables, tanta quantas pueden ser las impresiones convenientes á su felicidad; ¿por qué los Gramáticos han de querer privar al hombre en la escena de lo que no les privó la naturaleza en su creacion? Lo digo, porque para mí nunca pasará por defecto que la accion principal de una Comedia no sea ridicula, con tal que por otra parte, ligándose á las leyes inescusables de la verosimilitud, propiedad y belleza excite vivamente uno de aquellos pla-

ceres que envuelve en sí la estructura de nuestra humanidad. Ni la antigüedad adoptó tampoco en la práctica esta servil rigidez á que han querido reducirnos los Gramáticos. Culpan mucho á Terencio porque no hace reir tanto como Plauto ó Aristófanes: pero yo digo, que si las pinturas naturalísimas de Terencio despiertan en el animo del oyente tanto placer, ó mas que las bufonadas de Plauto, y las irrisiones burlescas de Aristófanes, aquel gran retratista de la naturaleza humana será para mí tan admirable cómico en sus gracias circunspectas y comedidas, como los otros en sus imágenes grutas. No haga reir Terencio, está bien, pero encante, pero arrebate, pero embelese con aquel pincel maestro que pone en la escena, no ya imágenes exâjeras de los hombres, sino á los hombres mismos, quales los vemos en la misma verdad. Será la Comedia de Terencio una especie diversa de la de Plauto: séalo en buena hora. La vida civil se alarga á límites muy dilatados; y en la grande amplitud de su ámbito cabe infinita variedad de representaciones, que bien manejadas por el Poeta, pueden agradar y enseñar. Si existiesen algunas de las *Pretestatas* de Roma, acaso veriamos una comprobacion de lo que decimos aquí. Lo que importa es no forjar monstruos, y poseer talento para expresar bien

la *Belleza dramática* del modo que la hemos bosquejado anteriormente.

Poseyendo este talento, y ajustando las obras á la *verosimilitud bella*, los Poetas pueden estar seguros de que agradarán siempre al pueblo, y este agrado producirá dos efectos muy importantes. Primero, mantener la racionalidad en las artes: segundo, hacer útil su deleyte. Ya hemos dicho que el hombre por rústico é ignorante que sea, no puede dexar de hallar deleytable lo que envuelve en sí deleyte esencial por constitucion de la naturaleza. Y si el intento del arte es reconcentrar en las obras de ingenio lo mas bello y mas apto para engendrar placer, sin desviarse de los principios de la razon, ¿cómo no ha de agradar al pueblo lo que contiene en sí las máquinas mas poderosas para excitar el agrado? máquinas construidas con pleno conocimiento de la constitucion racional, y de lo que en ella hace mayor impresion? En esta parte es muy poca la diferencia que hay entre un Orador y un Poeta Dramático: varían en los medios, pero los muelles de que se valen son unos mismos. Un Demóstenes arrebatará siempre los corazones del pueblo, porque el arte le enseñó los modos infalibles de poner en movimiento la voluntad humana, y llevarla á donde el Orador la encamine. Tales son tambien los mue-

lles ocultos del Poeta Dramático. El arte le enseña las fuentes inagotables de la belleza imitativa: y si el talento desempeña bien el objeto de las reglas, arrastrará tras sí, que quiera que no, la voluntad del auditorio; porque aquellos muelles estan tomados del conocimiento de lo que mas gusta naturalmente á la voluntad humana, y las impresiones de la naturaleza son indelebles en los hombres, y siempre se dexan llevar de los objetos que las estimulan. Lastimoso desengaño es este para los comicastros; y aun tambien para los factores y patronos de la barbarie en todo género de letras. Pero consuélense con que nuestras declamaciones no alcanzarán á quitarles el pan. El mal no viene de ellos: en manantial mas lejano tiene su principio.

Seáme lícito decir ahora dos palabras sobre la Comedia del Filosofo Enamorado. El aplauso con que la ha recibido el público en la representacion pudiera ser una prueba equívoca de su tal qual mérito, si se notaran en ella las máquinas ordinarias con que los asentistas de la escena suelen arrancar las palmadas del vulgo. Se sabe ya que echando mano de ciertas situaciones que agradan siempre, y acumulando aparatos, pantomimas, orepeles escénicos, boato y estampido, es facil captar momentaneamente el embeleso de un auditorio ha-

bituado de largo tiempo á este género de representaciones. Pero las situaciones del *Filosofo Enamorado* no están tomadas del almacén de municion adonde acude para proveerse la pobreza de los comicastro: en la mayor parte son nuevas, y nacidas del ingenio del Autor. Los caracteres principales son tambien enteramente diversos de los que se ven ordinariamente. Un filósofo, un abarro, un marqués calabera, una dama festiva, sagaz y de espíritu muy sazonado. La constitucion de la fábula camina con suma sencillez y naturalidad: no hay lances intrincados, gresca, turbulencia, equivocaciones de personas hablándose á obscuras: no hay papeles perdidos, retratos hallados, espadachines tremebundos, criados enredadores, reos que van al cadahalso con faz pálida y cadavérica, Reyes predicadores, heroinas de caballería, juicios militares, cabernas fatídicas, naufragios, batallas, vestiglos, sapos ni culebras. Hay una accion muy simple, desplegada en muy pocas situaciones muy necesarias, y concluida en un desenlace estrangero á la accion, pero nacido de ella necesariamente. Esta Comedia, pues, ha agradado al público; y siendo en sí tan sencilla, debe de contener alguna parte de la belleza que hemos bosquejado en las anteriores reflexiones. Ella no es un monstruo, y ha encantado al público. Aquellos, pues,

efectos de un teatro decorado  
alto  
romancescos

que han tomado á su cargo morderla y desacreditarla, darán razon de este fenómeno, quando quieran hacernos la caridad de alumbrar la ceguedad comun con las brillantísimas luces de su doctrina incomparable. Habiendo llevado tan á mal que el público haya reido á mas no poder con las naturalidades del Filosofo, será menester que prueben, que el público no debe reirse con lo que á ellos no les gusta; y que basta que ellos tengan una cosa por mala, para que todo el mundo se eche un candado á los labios, y se guarde bien de reir por no disgustar á varones de tanta autoridad y discernimiento.

Que la Comedia del Filosofo no sea un monstruo (como lo han querido hacer creer algunos de estos dictadores pedantes y estólidos, que porque han decorado maquinalmente quatro reglillas de la poética piensan que tienen capacidad bastante para percibir el mérito ó demérito de las obras de ingenio), se probaria muy facilmente, si quisiésemos incurrir aquí en la pesadez pedantesca de ponerla al toque de las reglas, y demostrar por medio de esta aplicacion, que es regularísima en su accion, en sus costumbres, en sus episodios, en su conexión, y en su desenlace. En prueba de esto, yo no quiero dar mas de una, que acaso valdrá por todas. Arranquese del todo de la



fábula qualquiera de sus personas, y de sus incidentes, y véase si hará ó no falta para el complemento de la obra: véase si los personajes y los incidentes están tan intimamente trabados entre sí, que en quitando uno, queda manca é imperfecta la fábula. Desafío aquí á todos los dientes de los criticones, para que muerdan la Comedia por el lado que quieran; sáquenla los bocados que mas les vengan á los colmillos: sepárense estos bocados, y póngase la Comedia en la escena con las mellas ó huecos que resulten de los mordiscos. Entonces se notará la grande regularidad del Drama: porque ciertamente el incidente mas mínimo que se arranque, hará falta substancial en ella; y no habrá persona omitida que no se eche ménos para el enlace, ó para el desenredo de la fábula.

Los caracteres son de bulto en ella; y lo es igualmente la constancia con que están sostenidos desde que salen á la escena hasta que cae el telon. Don Silvestre siempre es avaro y ruin: el Marqués siempre jactancioso, atolondrado y disoluto: el Filósofo siempre rústico y lleno de candor y virtud: Doña Luisa siempre festiva y sa-  
gaz: Benita de natural y sensible: Don Fernando comedido y noble: Doña Inés amante apasionada: el Juez prudente, atento, y de ánimo generoso: el Escribano osa-

do y entremetido: Roque, criado fiel y astuto. Estos son los genios de los personajes; y quede á cuenta de los gozques de la crítica demostrar, ó que no son éstos, ó que siéndolo, se contradicen en su conducta, no siendo al fin del Drama lo que fueron al principio, ó en el medio, lo que fueron al principio y al fin. Entre tanto yo me atreveré á conjeturar, que la celebridad de esta Comedia ha nacido en mucha parte de la verdad que reyna en sus caracteres, y del modo con que están contrastados entre sí. Aquella contraposición de genios que obran tan diferentemente con un solo movil, ha de agradar por necesidad; bien así como agrada en la orquesta la contrariedad de los sonos ajustados á la unidad de la harmonía. No es dado á la estolidez de simples Gramáticos percibir aquellas delicadezas inexplicables que representan con un solo interés un quadro sumamente variado y lleno de vida. Sirvan de exemplo en el Filósofo Enamorado los diferentes efectos que produce en los genios de los Personages la ficción de declararse el Filósofo pretendiente de Doña Inés. El Filósofo se enamora de veras, y esto mismo dá ocasion á que despliegue su virtud: el Avaro, manifiesta por aquí su ruindad: el Marqués su atolondramiento y baxeza: Don Fernando su generosidad: Doña Luisa su dis-

crecion. Las situaciones todas están escogidas de intento para que resalten mas y mas estos caracteres. No hay situacion ó lance que no le ofrezca al Avaro motivo para ser mas ruin; al Marqués para que sea mas calavera; al Filosofo para ser mas honrado y bueno; á Don Fernando para ser mas prudente y noble; á Doña Luisa para ser mas perspicaz y discreta: y nótese que todas las situaciones nacen de las entrañas de la accion, de modo que están atadas con ella indisolublemente sin que exista una que le sea estrangera ó pegadiza. Tiene defectos el Filósofo Enamorado; ¿por qué no ha de tenerlos? El que lo ha escrito se tiene por muy hombre: y en esta parte, sin jactancia, no se creará nunca inferior á los mismos Plauto y Terencio. No lo tomen á mal esas pobres cabezas gramaticales, que porque saben reglillas creen que tienen ingenio: una escena del Amphitrion (que por la cuenta debe de ser un Drama monstruoso para estos eruditos bozales), vale mas que quanto ha parido hasta aquí la secta estolidorrabiosa de los Aristarcos, Zoylos y Orbilios. Dos mil Preceptistas secos no equivalen á un buen Pintor con sus defectos y todo. Si el Autor del Filósofo ha acertado á agradar sin delirios, y con tal qual regularidad, se dá por muy satisfecho de su labor. No aspira á la gloria de Poeta

Cómico: y le basta haber divertido honesta y racionalmente á sus conciudadanos en tiempo tan desastrado para la escena Española, quando aun la medianía se debe contar por excelencia, y el no delirar debe reputarse por verdadero mérito.

Y por último, ¿qué se infiere de todo lo que pesadamente hemos disertado hasta aquí? Dos desengaños muy importantes para las mejoras de nuestro Teatro: uno, que el no haber buenos Poetas Cómicos en España no nace de la barbarie que iniquamente atribuyen al público, sino de que los ingenios grandes no se humillarán nunca á la servidumbre de alquilar sus Musas. Trátese á estos ingenios como trataban Grecia á Menandro, y Roma á Terencio, y se verá que el Pueblo aplaudirá siempre lo mejor. El segundo desengaño pertenece á los Gramáticos maquinales, que empuñando á cada paso la vara de sus reglillas, pretenden que la capacidad de un ingenio émullo de la naturaleza se sujete á ciertas trabas impertinentes que forjaron otros Gramáticos como ellos, dexándose llevar, no del exámen racional de la cosa en su misma naturaleza, sino de noticias despedazadas de la antigüedad, que ellos no tanto interpretaban como adivinaban. Por mas que se cansen estos Gramáticos, por mas que se muelan criticando, acriminando, to-

mando la plomada, y nivelando las obras á la exáctitud geométrica, nunca lograrán que Homero dexé de ser Homero. Como la belleza de las obras es toda hija del ingenio, los Pedagogos no alcanzan á comprender que á veces es menester atropellar una regla poco importante, para que no se pierda un golpe bellísimo que quedaria muy lánguido si se ajustara exáctamente á la reglilla. Por esto, aunque yo tengo por útiles las críticas, porque al fin ventiladas las cosas se desentrañan, y del mutuo conflicto resulta mayor ilustracion para los que leen; pero quisiera que los Gramáticos tuviesen siempre muy presente esta advertencia para no achacar á ignorancia un defecto que acaso se comete de propósito para dar mayor realce á una situacion, á un lance ó un caracter, á un desenredo, &c. La naturaleza misma nos dá en esto el exemplo que deben imitar los Poetas. Todo es proporcionado en ella, pero no proporcionado puntualísimamente á la regularidad de la Geometría, sino á los fines á que están destinados los seres. La excesiva exáctitud degenera casi siempre en sequedad, así como en monstruosidad la sumallicencia. *Hoc peccat quod non peccat*, dixo la Antigüedad de uno de sus mayores Comicos. La *Comedia Antigua* desconocia el Arte: la *Nueva* quiere conocerle demasiado.

Lo que importa es no escribir monstruos ni esqueletos: y que los críticos se den á entender, que con ladridos no se mejoran las Artes, sino haciendo justa estimacion de las obras, y apreciando los ingenios, no solo por lo que se debe á las reglas, pero tambien por lo que se debe al entusiasmo. Al ingenio frio y helado las reglas le servirán de poco; y los ingenios grandes y vehementes no del todo pueden someterse á la servidumbre de la regularidad estrictísima. Sin esta tolerancia no hay que esperar la restauracion del Teatro. Y en verdad; no seria un delirio ridículo exigir lo sumo de la regularidad en los que hoy escriben, como si nuestro Teatro hubiese dado ya algunos pasos hácia su perfeccion? Entre tanto desórden; se podrá reprender con razon al que en cosas pequeñas falte algo al órden?

*Aut hæc cum illis sunt habenda; aut illa cum his amittenda sunt.*

## PERSONAS.

DOÑA INES.

DON SILVESTRE, *su hermano.*

DOÑA LUISA, *prima suya*

BENITA, *aya de Ines.*

DON FERNANDO, *Caballero, Galán.*

EL MARQUES DE LA ESPINA, *Joven.*

DON FELIPE, *Filósofo, de edad madura.*

ROQUE, *criado de D. Felipe, Escolar.*

UN ALCALDE DE CORTE.

UN ESCRIBANO.

UNOS ALGUACILES.

## LA ESCUELA DE LA AMISTAD,

6

EL FILÓSOFO ENAMORADO.

COMEDIA.

---

### ACTO PRIMERO.

QUARTO EN CASA DE D. SILVESTRE.

ESCENA PRIMERA.

*Aparece Doña Inés leyendo: Benita á su lado observándola.*

INÉS.

Todo me cansa. (1) Ay Benita!  
Quando lograrán remedio  
mis males?

BENITA.

Quando el salvage  
de Don Silvestre, cediendo  
á su insensata avaricia,  
quiera venturosa haceros.

(1) Dexando el libro.

INÉS.

Por Dios no me le motejes,  
que al fin es mi hermano.

BENITA.

Quiero

motejarle , si Señora:  
y desalmado y perverso  
le llamaré , si me enfada.  
Qué , ¿es el lance para menos?  
Ay es nada ! á una muchacha  
con una cara de cielo,  
con mil gracias peregrinas,  
que en su boca , en sus ojos,  
en su talle , en toda ella  
es el hechizo del pueblo,  
ponerla en venta , obligarla  
á que con un majadero,  
calaberuela , aturdido,  
case , solo porque el necio  
en títulos y opulencia,  
no en gallardía ni seso,  
excede al joven amable  
que sojuzgó vuestro pecho.  
Y esto ha de sufrirse ? Digo  
y redigo , que detesto  
á vuestro hermano ; y que es . . . . .

INÉS.

Benita , si lo sabemos,  
si nos consta la avaricia  
de mi hermano , si su genio  
no se presta á otros designios  
que á aquellos (ay triste ! ) á aquellos  
que el interés acompaña ;  
si el honor , si el sentimiento

de la humanidad en él  
sordos están , quando el eco  
de las riquezas escucha ;  
qué valen nuestros lamentos ?  
qué pueden nuestras congojas ? (1)  
Yo no he de doblar el cuello  
á la infamia de sus miras :  
libre nací , y te prometo  
que en mi libertad mi hermano  
nunca ejercerá su imperio.  
Pero conozco tambien  
que en mi situacion no puedo  
resistir sus tiranías.  
Bien sabes que toda pendo  
de su arbitrio : nuestros padres  
amplia facultad le dieron  
para que solo á su gusto  
se hiciese mi casamiento :  
fue prevencion imprudente ,  
pero obedecerla debo.  
Quejas , lágrimas , suspiros,  
querellas , inútil medio  
son con un necio inflexible,  
que tiene solo por bueno  
lo que á su intento acomoda.  
Llamar la muerte en silencio,  
y hacer que el paso apresure  
con el pesar encubierto,  
es solo el remedio fácil  
que me queda.

BENITA.

Bien , por cierto !

Este es el mundo : que pague

(1) Aquí se levantan.

4 *La Escuela de la Amistad,*

la inocencia los excesos  
de la maldad! Señorita,  
¿y á que viene el embeleco  
de toda aquella firmeza,  
de ese animoso despecho,  
si sé yo, que á vuestros ojos  
quiere asomarse el violento  
pesar que el pecho os oprime;  
y pucheritos haciendo,  
busca el alma un desahogo  
que la aligere del peso  
de su dolor? La desgracia  
os desespera: lo veo.....  
Vaya, no andemos en fiestas:  
jamás esperan los muertos  
alivio en sus aflicciones.  
Morirse! A querer hacerlo  
vuestro hermano, vaya en gracia;  
Dios le dé buen paradero;  
pero vos.....?

INÉS.

Benita mía,  
sin tí, cuánto desconsuelo  
fuera el mio!

BENITA.

Ah picaruela!  
Os sonreis? he, yo apuesto  
á que sabeis que he citado  
á Fernando, al embeleso  
de vuestro amor....

INÉS.

A Fernando?

5 *ó el Filósofo Enamorado.*

BENITA.

Toma: pues que tiene esto  
de estraño?

INÉS.

No sabes....?

BENITA.

Sí:

dos años ha, ó dos y medio,  
que os amais. Bien: no es muy rico,  
pero es galan por extremo,  
liberal, pundonoroso,  
muy juicioso, y muy discreto,  
tanto mejor para vos:  
y ojalá que todos ellos  
fuesen así. A Don Silvestre  
pidió vuestra mano, y luego  
se la otorgó, penetrando  
la conveniencia que de ello  
se le seguía en echar  
de su casa vuestro cuerpo,  
y quizá el mio. Bien vá:  
aparecióse á este tiempo  
ese Marques de la Espina,  
fastidioso, vano, inquieto,  
fanfarron, impertinente;  
y enamorado el camueso  
tambien de vos, se presenta  
muy pagado, y satisfecho  
de que os merece, y os pide:  
excede en lustre y dinero  
al pobre de Don Fernando;  
y vuestro hermano, rompiendo  
la palabra que á este dió,  
os ofrece al Marquesuelo,  
y despide á vuestro amante.

6 *La Escuela de la Amistad.*

Qué alma! Por fin, deshecho  
el primer nudo; se trata  
de ataros á un himenéo  
que detestais: y ¿quién puede,  
decidme, remediar esto,  
sino Don Fernando, y vos?  
Dentro de pocos momentos  
estará aquí....vuestro hermano  
salió ya....conviene presto  
armarse contra dos tontos,  
que consumir han resuelto  
vuestra desgracia. Estos males  
jamás el abatimiento  
los cura. Quién anda ahí?

ESCENA II.

*Fernando y los dichos.*

Miren si vino ligero  
el paxarito á la jaula.

FERNANDO.

Inés?

INÉS.

Fernando?

BENITA.

Que bueno!

Inés? Fernando? y se quedan  
pasmados como dos leños.  
Esto es amor? Yo por mí  
de amor tan tibio reniego.

FERNANDO.

Ay Benita! qué no sabes  
quanto acobarda el extremo

6. *el Filósofo Enamorado.*

7

de un peligro irremediable!

BENITA.

Ay Don Fernando! Yo creo  
que amar, y dexar la Dama  
abandonada á los riesgos  
de su suerte, mas que amor  
es indiferencia, ó miedo.  
Qué os habeis hecho estos días?

FERNANDO.

Benita, yo lo confieso:  
despecharme, respetando  
el ya prometido lecho  
de Inés: esposa de otro,  
aunque á mi pesar, no puedo  
exponerla á los alhagos  
del aun no apagado afecto.

INÉS.

Esposa yo de otro! Y tú  
lo pronuncias! Ah! primero  
faltará la luz del día,  
que en mí falten los esfuerzos  
para mantener constante  
la fé de mis juramentos.  
No seré agena, si tuya  
no llego á ser.

BENITA.

Ó qué tiernos,

y qué mentecatos! miren  
qué espíritu, qué manejo  
para salir de un apuro!  
Señor mio, ¿y ese genio  
tan sutil, tan penetrante,

que sabe decir conceptos  
tan lindos y remilgados,  
de qué sirve en un aprieto?  
Está la triste clamando  
por vos; os estais muriendo  
por ella: aprieta el hermano,  
insta el Marques: yo, venciendo  
mil contingencias, os junto  
para que salida demos  
á tanto mal, y Fernando—

Ines— *Te amo— Te respeto—*  
No seré agena. Perdidos!  
de lo que importa tratemos;  
que si se logra, hartos ratos  
os quedan para requiebros.

FERNANDO.

Vive Dios, Benita, que eres  
terrible.... ¿Pues yo que tengo  
que pensar, si esta desdicha  
es inevitable? El terco  
capricho de Don Silvestre  
no conoces? No estás viendo  
la inexorable fiereza  
de su avaricia?

INÉS.

Ay! te entiendo,  
infel: tú me has olvidado,  
y acudes á este pretexto  
para dorar la inconstancia  
de tu corazon. Gimiendo  
por tí en soledad amarga,  
ni aun he tenido el consuelo  
de un recado tuyo, en esta  
turbada ocasion, en estos

fatales dias, que anuncian  
mi pena, y mi llanto eterno.  
Vienes á verme, llamado;  
urge el peligro; me presto  
á quanto para evitarle  
dispongas; y tibio, yerto,  
ni aun á aliviarme te inclinas  
con aquellos fingimientos  
que dicta la cortesía.  
La aspereza de tu ceño  
me dice bien la mudanza  
que yo (ay de mí!) no merezco.

FERNANDO.

No, mi Inés; de este delito  
no me acusa, no, el interno  
sentimiento que en el alma  
dura, por mi mal, impreso.  
Quanto mas lejos te miro  
de mí, tanto mas el fuego  
crece de mi amor: te adoro  
mas que nunca te deseo.  
Mas no es mi amor de linage  
tan desatinado y ciego,  
que por dar pasto á sus ansias  
atropelle tus respetos.

Te amo yo mucho, Inés mia,  
para que por mis despechos  
quede tu amor empañado;  
adoraréte muriendo  
en ausencia lastimosa; (i)  
y dénte, dénte los Cielos  
tantas dichas con tu Esposo,  
quantas me niega el funesto

(i) Llora.



rigor con que la desgracia  
persigue el cariño nuestro.

BENITA.

Vaya.... No seamos niños.... (1)

Me aflige.... Qué amor tan tierno,

y tan infeliz! Mas, ola,

¿a donde vais? De aquí dentro

no podeis salir sin orden

mia: pues estamos buenos!

Me han hecho llorar, y quieren

hacer mi llanto perpétuo.

Escuche el señor babieca:

¿tan mal juzga del talento

del Aya de Inés, que tiene

por imposible hallar medios

para cortar estos daños?

Su felicidad han puesto

á mi cuidado, y me toca

hacerla feliz.... Dexemos

boberias amorosas,

y vamos al grano. ¿Es cierto

que vos, Señor Don Fernando,

estais (clarito) dispuesto

á casar con esta niña,

*in facie Ecclesie?*

FERNANDO.

Mi anhelo

no es otro.

BENITA.

¿Y vos, Madamita,

(1) Quiere irse. Benita gimiendo, y queriendo reprimir el llanto, lo advierte y le detiene. (1)

admitis por novio vuestro

á este Caballero almibar?

INÉS.

Benita, esos devaneos

de tu buen humor, ¡ó cuánto

son ahora importunos!

BENITA.

Presto:

no nos andemos con dengues:

si, ó no, como el Evangelio

nos enseña, y yo mil veces

os enseñé.

INÉS.

Mis deseos,

quién mejor que tú lo sabe?

BENITA.

Pues bien: todo así supuesto:

¿vos, Don Fernando, teneis

algun amigo mostrenco,

limpio de muger del todo,

que en riqueza y nacimiento

exceda al Marques de Espina?

FERNANDO.

Joven?

BENITA.

O joven, ó viejo.

Todo es uno para el caso.

FERNANDO.

Entre mis amigos cuento

por el mayor y mas fino

á Don Felipe Cisneros,

hombre ya de edad madura,  
 riquísimo, y en extremo  
 prudente y pundonoroso :  
 pero de tan tosco genio,  
 tan raro y extravagante,  
 que entre sus libros envuelto,  
 vive para sí, ignorado  
 del mundo que con desprecio  
 él mira también.

BENITA.

Muy bien.

¿Pero ni por nuestro sexó  
 conoce el mundo?

FERNANDO.

Sin duda.

BENITA.

Es que hay muchos que en encierro  
 viven sin salir al mundo,  
 porque algun mundo pequeño  
 les impide la salida;  
 y sería chasco fiero  
 ir á buscar hombre libre,  
 y hallarle como yo pienso  
 que están muchos.

FERNANDO.

Es completa

su falta de trato.

BENITA.

Bueno.

Grande hombre ! de estos hay pocos.  
 Pues , á mi gusto : muy serio,  
 muy eficaz, y muy pronto,

id á ese amigo corriendo,  
 volando; y aconsejadle  
 que se declare en efecto  
 amante de Inés : que trabé  
 amistad con el podenco  
 de Don Silvestre ; y con varias  
 indirectillas, suspenso  
 le tenga, de tal manera,  
 que se le imagine muerto  
 por Inés , y que la quiere  
 para muger. De este enredo  
 comprendéis ya las resultas ?

INÉS.

Ay Benita ! por tu zelo  
 qué gracias podré yo darte ?  
 abrazame. (1)

BENITA.

Y veinte besos

te he de dar : ola , te ries?  
 Vaya me alegre , me alegre.  
 A mí me cuesta el trabajo,  
 y tú logras el récreo.

FERNANDO.

Pero....Benita....

BENITA.

He ! embarazos,

y reparitos ! Qué es ello ?  
 Hay que vencer cien vestiglos ?  
 hay que hacer blanco lo negro ?

(1) Se abrazan.

FERNANDO.

Eres atroz, pues no adviertes....

BENITA.

Señor mio, lo que advierto  
es, que vos sois un menguado.

Venid acá: concibiendo

Don Silvestre, que le sale

boda mas rica al encuentro,

no es fuerza, que enhoramala

envie aqueste tontuelo

de Espina, como por él

os desayro á vos? tan lerdo

sois, que se os pasa por alto

lo que se ofrece al ingenio

de una muger?

## ESCENA III.

Luisa y los dichos.

LUIA.

Dice bien:

Y yo por mi parte apruebo

todo, todo: y es preciso

lo que Benita ha dispuesto

executar sin tardanza.

FERNANDO.

Señora, los pies os beso,

por el favor de querer

convertir en embustero

á un amigo mio.

LUIA.

Todo

lo he oido, puesta en acecho

en esa pieza; y afirmo

que si os resistis á hacerlo,

para mí fuerais el hombre

mas debil del universo.

INÉS.

Si no es eso, prima mia,

si es que ya este Caballero

tiene ocupacion mas digna:

ó por serle ya molesto

un afecto conseguido,

quiere cubrir los desprecios,

con el honor. Hace bien.

Ó! sus nobles sentimientos

no son dignos de mancharse

con un deshonor tan nuevo,

como impedir la desgracia

de una infeliz. Me avergüenzo,

ingrato, de haberte amado:

ya por fin experimento

la causa de tu retiro.

El honor, el verdadero

honor, consiste en guardar

la fé, que el labio sincero

pronunció una vez. Ea vamos

de aquí.

BENITA.

Vamos: bien hecho:

Si creerá que se le ruega?

Pues ciertamente, perdemos

una linda conveniencia!

Beleta, insensible, yelo;

qué gracias para rogadas!

FERNANDO.

Inés, Inés, tus récelos  
 cuánto me cuestan! ó amor!  
 si á complacerla me ofrezco,  
 disculpa tú mis delirios  
 en gracia del dulce objeto  
 que me los inspira.... Voy  
 á obedecerte....; Mas, quedo  
 en gracia tuya?

BENITA.

Qué gracia!  
 Jesus! qué duros, qué tercios  
 son los hombres! Y el trabajo  
 que nos cuesta convencerlos!  
 Vaya el Señor Don Quixote,  
 y desempeñe el proyecto  
 con finura; que despues  
 no faltará algun pretexto  
 para que arrojado Espina,  
 ese filósofo huero  
 se retire, y quede el campo  
 por Don Fernando.

LUI SA.

Y yo quiero  
 tambien poner de mi parte  
 un poquito ....Ha! sí: el secreto  
 guardadme, porque es encargo  
 hecho con grandes misterios  
 y ponderaciones.....Pues (1)  
 como digo de mi cuento,  
 es de saber que me adora,  
 y se muere por mis huesos

(1) Todo con ironia graciosa.

el Señor Marques de Espina.  
 Supongo que tendrás zelos, (1)  
 de mí: mas, como ha de ser  
 si herido el pobre mancebo  
 está de mi fermosura?  
 Díxomelo retorciendo  
 ocho veces la cabeza.  
 Dió seis suspiros: y un vuelco  
 le dió el corazon, tan fuerte,  
 segun dixo; que á quererlo  
 yo agarrar con estas manos  
 pecadoras, no hay remedio,  
 á la hora desta el Marques  
 iba ganando dinero  
 sin corazon por el mundo.  
 Yo vergonzosa me acerco  
 y le digo: Y es verdad?  
 Cómo? (dixo) poseeros  
 fuera mi mayor ventura.  
 Pero como á Inés ya debo  
 mi palabra; no es posible  
 desbaratar el concierto  
 sin deshonor. Sin embargo  
 no es vileza, á lo que creo,  
 casar con ella, y á vos  
 ofrecer los rendimientos  
 de mi espontáneo cariño:  
 con reserva bien podrémos  
 adorarnos.

INÉS.

Eso dixo?

LUI SA.

Oh! es finísimo sugeto.

(1) A Inés.

BENITA.

Qué estrañais? Es sábio el siglo,  
y esta es la virtud del tiempo.

Mas oid. El picaporte  
suena en la puerta. (1) A esconderos  
que es el coco.

FERNANDO.

Yo esconderme?

Frente á frente, vive el Cielo,  
le he de expresar mis agravios,  
ya que en tal trance me ha puesto.  
Padezca mis justas quejas,  
pues sus desayres padezco.  
No las oigas tú, Inés mia,  
por no exponerte....

LUISA.

En efecto:

hagamos la última prueba.  
Puede ser.... Si: habladle recio  
y veamos si se rinde,  
que tambien yo hacer pretendo  
mi papel: y en todo caso  
en la calle esperad luego (2)  
un aviso. Idos que llega:  
idos á priesa.

BENITA.

Qué gesto! (3)

(1) A Fernando

(2) A Fernando.

(3) Vanse Inés y Benita.

## ESCENA IV.

Sale Don Silvestre.

SILVESTRE.

Que es eso? Por qué huyen esas?  
Pero vos aquí? Qué es esto? (1)

FERNANDO.

Pues qué inconveniente.....

LUISA.

Primo,

ya es necesario que hablemos  
claro, claro. Tus caprichos  
de tal modo han descompuesto  
á Inés, que ciega al decoro  
de esta casa, y tus preceptos  
atropellando se vuelve  
á su cariño primero  
con vehemencia irremediable:  
yo la riño, la contengo,  
pero....sí.. bonita es ella  
para escuchar los consejos  
de su prima! En fin.... Buen Dios!  
en que embolismos nos vemos  
sin necesidad!

SILVESTRE.

Y bien:

qué hace aquí este Caballero?  
A qué ha venido? No sabe....?

(1) A Fernando.

L U I S A .

Ya te pesará saberlo.  
Inés llamó á Don Fernando,  
segun lo que yo recelo;  
y solos en esta sala  
ahora los hallé.

S I L V E S T R E .

Y consiento

tal osadía? Señor,  
ya os he dicho que no os quiero  
para cuñado: hay tal tema!  
tengo ya su casamiento  
tratado, vuelvo á decirlo:  
y á ella de su atrevimiento  
yo haré que le pese... (1)

F E R N A N D O .

Y cómo?

A donde vais? Deteneos:  
de qué os admirais? ¿Vos mismo  
no disteis á este suceso  
causa bastante, aprobando  
la inclinacion, los anhelos  
de Inés, y míos? ¿Y yo  
con vuestro consentimiento  
no la amé, no la serví,  
no me imaginé ya dueño  
de su belleza? ¿De qué  
podeis ahora suspenderos,  
quando mi honor agraviado  
debiera, sí, vive el Cielo,  
vengar la infame repulsa  
con que vilmente grosero

(1) En ademan de irse por donde entró Inés.

me ofendisteis? Me merece  
desprecio, y horror (sabello).  
un enlace, que con vos  
pudiera estrecharme; pero  
Inés, la oprimida Inés,  
no debe, no, al indiscreto  
poder de un hermano avaro  
quedar expuesta. Os protesto  
que acudiré á sus alivios  
sin temor, sin miramiento,  
siempre que los necesite  
de mí.

S I L V E S T R E .

Cómo, cómo es eso?  
sois un atrevido, y yo  
haré (de cólera tiemblo)  
que os pese....

F E R N A N D O .

Qué ha de pesarme?

solamente conoceros  
me pesa... Señora, á Dios.  
Lo dicho dicho: entendeislo? (1)

S I L V E S T R E .

¿Con que yo no he de poder  
mandar en mi casa? cierto  
que está buena la aprehension!  
Mi padre en el testamento  
dexó á mi arbitrio la boda  
de Inés; sí señor: y puedo  
casarla con quien yo quiera:  
y ni vos, ni el mundo entero  
me ha de obligar á otra cosa.

(1) Vase.

L U I S A .

Silvestre , mira , acordemos  
lo mas acertado.

S I L V E S T R E .

Tú:

tienes de estos embelecós  
toda la culpa.

L U I S A .

Yo...?

S I L V E S T R E .

Tú:

¿quando yo salgo , no dexo  
encargado que ninguno  
me entre en casa?

L U I S A .

Segun veo,  
tú ignoras lo que es amarse ,  
inconvenientes tropiezos .  
no conoce amor , si llega  
á ser vehemente....sosiego,  
primo mio ; ya se vé,  
siempre de negocio lleno,  
es difícil que conozcas  
las etiquetas , los duelos  
de esto que llaman honor  
esos mozalvetes bellos,  
que son de la sociedad  
el alma y el ornamento.

S I L V E S T R E .

Y á que viene tal arenga?

L U I S A .

Escucha. Quando á uno de ellos  
se dá una palabra en cosa  
séria y de honor , son tremendos  
sino se la cumplen. Digo!  
y si el amor de por medio  
anda , una region de diablos  
se les reviste en el cuerpo,  
que no hay quien pueda sufrirlos :  
de aquí para allí corriendo  
ván entónces como locos,  
deslumbrados , turbulentos ;  
y lo peor , recetando  
tajos á diestro y siniestro  
contra el que de su palabra  
retiró la fé.

S I L V E S T R E .

Ni entiendo ,

ni me paro en fruslerías  
de esa especie. A mis abuelos  
oí siempre decir , que el sábio  
muda de opinion. Repruebo  
hoy lo que ayer aprobaba  
porque mudaron de aspecto  
las circunstancias , esto es,  
el interes , que es el centro  
á donde vá á parar todo  
quanto hombres tontos , ó cuerdos  
executan.

L U I S A .

No , Silvestre :

hay casos en que lo opuesto  
es lo que celebra el mundo ;  
y el crédito no es pequeño  
dón , para quien con hombres

ha de vivir. Por exemplo :  
 conversando aquí á sus solas  
 una hora , y aun mas (no miento)  
 Inés con su amante estuvo.  
 Es muy fácil que á entenderlo  
 llegue el vulgo : este jamas  
 piensa bien : corre el suceso  
 de boca en boca , abultado,  
 sino con colores feos,  
 con maliciosos donayres.  
 Oyelo el Marques. Yo apuesto  
 á que en el punto , ó se niega  
 al matrimonio , ó ardiendo  
 en cólera , á Don Fernando  
 busca , y le conduce á un puesto,  
 donde por Doña Inesita  
 estropeados , ó muertos  
 queden los dos. A esto llama  
 honor el mundo : y dispuesto  
 así ya , no hay que cansarse ;  
 fuerza es que nos conformemos,  
 ó qual brutos éntre breñas  
 negarse á todo comercio.

SILVESTRE.

Si , Señora , lo conozco,  
 lo conozco ; y los excesos  
 sé bien de ese honor maldito.  
 ¡Qué sean tan majaderos  
 los hombres ! ¿Pues yo , que gano  
 con un ayre , con un viento  
 que llena solo mi oído,  
 y no mis arcas ? Dinero :  
 Luisa , este es el honor :  
 quien le tiene es noble , excelso,  
 prudente , sábio....lo es todo :

sin él , nadie es nada...Estemos  
 en que el Marques de este lance  
 nada ha de saber. Cubierto  
 quedará así el desatino  
 de una loca ; y no habrá estruendos,  
 ni inconvenientes.

## ESCENA V.

Sale Espina sofocado.

ESPINA.

Que á un hombre...  
 como yo , con tal denuedo,  
 tal desacato , tratase  
 un hombre medio plebeyo,  
 un....

SILVESTRE.

Señor Marques , que enojo  
 es ese ?

ESPINA.

Si no me vengo,  
 ¿qué dirán de mí las gentes?  
 las tertulias ? los paseos  
 ¿qué dirán ? Vos , Don Silvestre,  
 me habeis engañado.

SILVESTRE.

Siento ;  
 sí á fé , que penseis así  
 de quien solo en complaceros  
 se ocupa.

ESPINA.

Vos me engañasteis :  
 si , Señor , sois embustero,  
 y....



L U I S A.

Señor Marques, que idioma es ese? sabeis que tengo yo espíritu muy bastante para hacer que esos denuedos vayan con vos á la calle por un balcon? ; Donde os dieron esas lecciones tan finas de urbanidad? Idos presto ; á practicarlas : andad. (1)

E S P I N A.

Señora!

(2)

L U I S A.

Valiente miedo (3)  
le dí. De estos fanfarrones (4)  
se triunfa con no temerlos.

S I L V E S T R E.

¿Pero, Señor, qué motivo hay aquí, qué fundamento para tanta furia?

E S P I N A.

Estoy

fuera de mí, y de mi yerro os pido perdon. Venia á ver á Inesita : encuentro en la calle á ese Fernando, á ese hidalguillo molesto

(1) Asele de un brazo como para echarle de casa.

(2) Acobardado. (3) A parte.

(4) Luisa le dá una mirada terrible : le dexa : vuélvele la espalda, y dice el aparte sonriéndose.

que en todas partes me enfada, y en todas partes le observo recibido con aplauso, por prendas que yo no advierto en él, y todos advierten. Llégase á mí, y previniendo mi atencion con una arenga fastidiosa ; circunspecto me dice : hace algunos años que adoro á Inés, y os prevengo que me corresponde.....Ahora salgo de su casa. = Apelo á la espada, para darle digna respuesta. Acudieron gentes, y él muy sosegado con ayre grave, y modesto se escabulló. Ya se vé : me temió. De todo esto no pudierais, Don Silvestre, haberme advertido?

L U I S A.

Creo,

Señor Marques, que mi primo no debia, ni por pienso, hablaros en tal materia ; porque vos solo en efecto sois aquí el interesado. Mas ya por fin, que á saberlo llegásteis, y que es verdad lo que se os dixo, poneros de parte de la razon es, segun yo lo comprehendo, lo que os toca. Promover escándalos, que el respeto de Inés atropellen, fuera

atentado manifiesto  
 contra su honor: es muchacha:  
 ama de veras: afectos  
 forzados nunca los busca  
 quien de noble, quien de atento  
 se precia. Señor Marques,  
 vos hallareis mil empleos  
 mas felices: (1) y yo sé  
 de alguna, que á mereceros,  
 se tuviera por dichosa.....  
 en fin, yo por mí prefiero  
 que Inés case con su amante,  
 á los peligros sangrientos  
 que anuncia esta competencia.

ESPINA.

Señorita, yo no acepto  
 arbitrios tan vergonzosos,  
 que dexen mi honor expuesto  
 á la irrisión de las gentes.  
 Pregúntese por el pueblo,  
 si ha habido ribal alguno  
 que me haya echado del puesto  
 por fuerza. Soy yo mucho hombre  
 para que sufra mi obsequio  
 desayres, ni oposiciones.  
 De bien á bien, ni un cordero  
 que me iguale: por violencia....  
 en fin allá lo veremos.

SILVESTRE.

Dice bien: ¡pues no faltaba  
 mas, sino que ese trastuelo  
 de Fernando se saliera  
 con la suya! Entre un Convento

(1) Con ternura y vergüenza afectada

y el Marques, ha de elegir  
 Inés lo que á su provecho  
 mas se acomode: (1) y á tí  
 no te vendrá mal un velo  
 tambien.

LUISA.

A mí?

SILVESTRE.

Sí Señora. (2)

LUISA.

Percibir mis alimentos  
 aquí, ó allá, todo es uno.  
 De mi patrimonio espero  
 las cuentas: acaba en fin  
 de darmelas, y te dexo  
 en el punto, por no verte.

SILVESTRE.

Cuentas! Ya vá! (3) Yo te ruego  
 solo que no me trastornes  
 á Inés: de nuestros intentos  
 ya ves las utilidades.

ESPINA.

Señor Don Silvestre, ahorrémos  
 de palabras: las mugeres  
 deben solo complacernos,  
 no dirignos. Mi honor  
 está ofendido. Si cuento  
 con vuestra palabra.....

(1) Con severidad grosera.

(2) Alzando la voz con enojo.

(3) Con sumision suave.

SILVESTRE.

Cómo?

ni todo junto el Infierno  
hará que yo falte á ella.

ESPINA.

Pues bien : tendrá su escarmiento  
mi opositor : y verá  
que nunca retrocedieron  
hombres como yo. Conmigo  
brabatas ! (1)

SILVESTRE.

Y yo pretendo  
darle tambien á entender,  
que el bien de Inés le pusieron  
á mi cuidado , y no al suyo.  
Voy á esforzar el empeño  
del Marques. Luisa, por Dios,  
persuádela mientras vuelvo....(2)

LUIA.

Qué locos ! qué mentecatos !  
Benita ?

## ESCENA VI.

Benita y Luisa.

BENITA.

Qué hay ?

LUIA.

Ya se fueron

(1) Vase.

(2) Vase.

los fantasmones. Avisa  
á Fernando, que al momento  
ponga en práctica tu idea,  
pues no queda otro remedio.

BENITA.

Nada se ha logrado?

LUIA.

Nada.

BENITA.

Trabajo es luchar con necios. (1)

## ESCENA VII.

Don Felipe y Roque. (2)

ROQUE.

Aquí está el libro , Señor...

FELIPE.

Dice bien : gran documento (3)  
para ser feliz.

ROQUE.

Ya está

el libro aquí.

FELIPE.

» Pretendemos (4)

(1) Vase.

(2) Casa de Don Felipe. Don Felipe en bata y  
gorro leyendo un libro en pie con mucha profundidad.  
Roque como que sale de otra pieza con otro libro.

(3) No oye distraído en lo que está leyendo.

(4) Todo lo que lleva esta señal » se ha de decir leyendo.

„ser felices? El retiro,  
 „la soledad, y el sosiego,  
 „nos niega á las contingencias  
 „de ser vanos, lisongeros,  
 „ambiciosos, disolutos.  
 Yo mismo lo experimento  
 en mí.

ROQUE.

Señor?

FELIPE.

Retirado.....

ROQUE.

Por el alma de mi abuelo  
 que filósofo mas bestia  
 no ví jamas. Los dos textos  
 que me pedisteis.... (1)

FELIPE.

Roquillo?

Y pues? viste en Epicteto  
 lo que te dixes?

ROQUE.

Aquí está.

FELIPE.

Apúntalo: es un portento  
 su doctrina. Las mugeres,  
 hijo mio, son veneno  
 mortal para quien aspira  
 á conservar el severo  
 carácter de la virtud.

(1) Tirándole de la bata, vuelve en sí Don Felipe.

No lo dice así?

ROQUE.

Embeleso

las llama aquí; no ponzoña.

FELIPE.

Y que mas dá, majadero?

nos matan embelesando:

yo bien sé lo que me pesco:

las aborrezco. (1)

ROQUE.

He de abrir?

FELIPE.

Pudes decir que durmiendo

estoy, si no es Don Fernando.

ROQUE.

A las nueve?

FELIPE.

Pues, jumento,

no puede bien suceder

que á las nueve me dé sueño?

ROQUE.

¿Y es lícito al varon sábio  
 mentir?

FELIPE.

Hombre....el argumento

es fuerte.... (2) pero anda, anda,  
 que tanto de patrañeros

(1) Llaman con golpe, ó campanilla, dentro.

(2) Llaman otra vez.

*La Escuela de la Amistad,*  
abunda el mundo, que á veces  
le obligan al sábio á serlo,  
para que no le deguellen. (1)

ESCENA. VIII.

*Sale Don Fernando triste, y Roque.*

FERNANDO.

Amigo, guardaos el Cielo.

FELIPE.

Fernando, que cara es esa?  
que triste, que macilento!  
he aquí el fruto que se saca  
del trato: desasosiegos,  
afanes, pesares: no,  
no señor: yo bien me entiendo.  
En soledad nadie es malo:  
en el trato hay pocos buenos.

FERNANDO.

Estoy muerto. (2)

FELIPE.

Lindamente.

Hacedme ahora el cotejo (3)  
de mí á vos: huyo del mundo,  
y una alegría conservo  
inalterable. Y á vos  
siempre os hallo con tormentos,  
y pesadumbres. Amigo,  
á mi capricho me atengo;

(1) Vase Roque.

(2) Con aficcion.

(3) Siéntanse.

no tratando con los hombres,  
ni me muelen, ni los muelo.  
Pero vamos: qué os aflige?  
puedo yo favoreceros  
en algo?

FERNANDO.

En todo.

FELIPE.

Pues bien,

nunca fui pataratero,  
lo sabeis: os conocí  
desde niño: y os profeso  
el mismo amor que debí  
á vuestro padre. Dinero  
queréis? ahí estan las llaves.  
Mis caudales los contemplo  
propios de todos los hombres,  
quando carecen de aquello  
que á mí me sobra.

FERNANDO.

No, amigo,

para mas arduos empeños  
os necesito.

FELIPE.

De todo

soy capaz, quando el consuelo  
media de un amigo. Vamos:  
fuera vergüenza: Acabemos.  
Qué es ello?

FERNANDO.

Yo necesito....

que os enamoreis....

FELIPE.

Arredro.(1)

Yo enamorarme? Estais loco?  
Ah: sí: ya caigo; penetro  
de esa aparente tristeza  
el alegre fingimiento. (2)  
Sin zumbas, y encerradas  
no saben estos mozuelos  
divertirse.

ROQUE.

Son malditos:  
ó enamorando ó riendo.

FERNANDO.

No, amigo; no es este caso  
para que á donayre, y juego  
lo atribuyais. Es muy grave:  
es urgente: y os lo ruego  
tan de veras....

FELIPE.

Oyes, Roque,

¿no ves qué grave y qué serio  
lo finge?

ROQUE.

En eso está el chiste:  
de risa me estoy muriendo,  
al verle tan compungido.

FERNANDO.

Ha!

FELIPE.

Vaya, vaya: dexemos

(1) Levántase con viveza; y Don Fernando se le-  
n(1)ta tambien.

(2) Volviéndose á Roque.

cascabeladas.... Y pues  
que se dice del encuentro  
de Prusianos y Franceses?  
Gran General es por cierto  
Mollendorff.

FERNANDO.

Oidme siquiera.

FELIPE.

Sí, Señor, grande; me acuerdo  
aún de las últimas guerras  
en que hizo frente al Imperio  
con honor....

FERNANDO.

Señor, oidme....

FELIPE.

Amigo fue, y compañero  
del inmortal Federico:  
Amigo, qué hombres aquellos!  
ya no los hay.

FERNANDO.

Vive Dios

que ya tolerar no puedo  
tanta irrisión. Escuchadme  
con firme convencimiento  
de que es verdad infalible  
quanto os diré. Los conciertos  
de mi boda con Inés  
ya sabeis que se rompieron  
por ese Marques de Espina  
que se atravesó. Gimiendo  
su pena Inés, y agoviado  
yo de la mia, al extremo  
llegamos de interrumpir....

FELIPE.

Ya estoy : de todo me acuerdo.

FERNANDO.

Hoy me llamó , y angustiada.....

FELIPE.

Con un llanto zalamero ,  
dos mimos , quatro miradas  
lánguidas , seis aspavientos ,  
y un desmayo bien fingido ,  
derribó á los pies el seso  
de mi amiguito : adelante.

FERNANDO.

O amigo ! que en no sabiendo  
lo que es amar...

FELIPE.

No se sabe

el predominio perverso  
de la muger : adelante.

FERNANDO.

Buscando arbitrios diversos  
para evitar los pesares  
de este infeliz contratiempo ;  
pensamos en oponer  
un ribal mas opulento  
al Marques de Espina.....

FELIPE.

Ya :

Yo tengo cara de serlo :  
no es así ?

FERNANDO.

Ya os lo suplico.

FELIPE.

Y yo no me allano á serlo,  
no , señor ; pues es friolera!  
Yo enamorar ! por San Pedro  
que seria gusto verme,  
calvo , encorvado , moreno ,  
ignorante de los usos  
del mundo , andar compitiendo  
con lindos y pisaverdes,  
á la edad (ahí es un bledo!)  
de cinquenta años , y mas :  
¿puede en un ánimo recto  
hallar disculpa un arbitrio  
que lleva por fundamento  
la ficcion ? Amigo mio,  
yo nunca á engañar me vengo.  
Si allá en el mundo se estila,  
que habiten los trapaceros  
el mundo , que le disfruten ;  
hágales muy buen provecho.

FERNANDO.

Bien dicho ! muy bien pensado!  
¡y que el sencillo , y honesto  
corazon de una muchacha  
graciosa , amable , modelo  
de virtud , y de hermosura,  
doble el oprimido cuello  
á un mentecato , insolente,  
mal educado , cubierto  
de vicios ; por la codicia  
de un fatuo , sordo á los ecos  
de la razon ! ¡Que padezca  
vuestro amigo el trance fiero,  
no solo de renunciar  
para siempre á los recreos

de una union feliz, sino  
 verla entre brazos ajenos:  
 y entre qué brazos! Ay Dios! (1)  
 Pobre Inés, que desconsuelos  
 te esperan! Quanta amargura!

FELIPE.

✓ Fernando yo me enternezco, (2)  
 vive Dios! No tiene duda;  
 si abandonados los dexo,  
 estos muchachos se pierden. (3)  
 ¿Qué diablo de sentimiento  
 será el amor, que perturba  
 la cabeza al mas discreto?  
 Mala cosa! mala cosa!

FERNANDO.

Y han de tener privilegio  
 los malos para triunfar,  
 y no ha de poder tenerlo  
 la virtud, para oponerse  
 á la malicia, exerciendo  
 ardides que la destruyan?

FELIPE.

Teneis razon: me convenzo:  
 reñir con armas iguales  
 es lícito; sí: preveo  
 que el Silvestron, atraido,  
 segun su costumbre, al cebo

✓ (1) Con ternura

(2) Enternecido y agitado.

✓ (3) Se pasea como meditando; Don Fernando  
 le observa.

de mayor riqueza....(1) Vamos,  
 consolaos.

FERNANDO.

¿Con que extremos  
 podré, generoso amigo,  
 tal favor agradeceros?

FELIPE.

No quiero gracias; jamas  
 admito agradecimientos  
 por hacer bien. Todos, todos  
 con obligacion nacemos  
 de auxiliarnos en lo justo.  
 Aquí me teneis dispuesto  
 para todo, hasta que el campo  
 os quede libre. En venciendo,  
 vos os casareis, y yo  
 á mi tinaja me vuelvo.

ROQUE.

Señor, y si el diablo hace  
 (pues está siempre despierto)  
 que la Inesita....

FELIPE.

Qué?

ROQUE.

Digo,  
 que si os hieren sus ojuelos,  
 y os inclináis?

(1) Volviendo á Don Fernando en ademan de  
 quererle complacer.



FELIPE.  
Botarate!

yo inclinarme!

ROQUE.  
Qué sabemos?

FELIPE.

Bestialidad! Ahora bien:  
ya sabes quan poco experto  
soy en el oficio. (1) Vos  
como tan sabio, ofreceros  
debeis á ser mi doctor.  
Vamos, pues, señor maestro,  
¿qué reglas, que requisitos  
pide el amor?

FERNANDO.

Lo primero (2)  
(riamonos) ir galan,  
lo qual pende del asejo,  
y del gusto en el vestir  
con elegancia, y despejo.

FELIPE.

Roquillo?

ROQUE.  
Qué me mandais?

(1) Con ironia ponderada y jocosa dando á entender que su intento es burlarse de lo mismo que hace.

(2) Conoce la intencion de Don Felipe, y con el mismo tono le lleva el ayre.

FELIPE.

Pues ya que estamos resueltos  
á ser locos, sácame  
mi mejor peluca, y luego  
del arcon arrinconado  
aquel vestido....

ROQUE.

Ya entiendo:  
aquel de las garambainas? (1)

FELIPE.

Ese. Don Fernando el Sexto  
puesto se lo vió á mi padre, (2)  
y le alabó por lo bello  
del corte, y los coloridos.

### ESCENA IX.

*Roque y los dichos.* (3)

ROQUE.

Todo está aquí.

FELIPE.

Ola: el espejo, (4)  
y vaya en nombre de Dios.

ROQUE.

Si no me rio, rebiento.

(1) Vase.

(2) Se vá quitando la bata y el gorro.

(3) Saca Roque una peluca y un vestido de hombre anciano algun tantó antiguo.

(4) Se pone la peluca, teniendo el espejo Roque.

FELIPE.

Qué tal? (1)

FERNANDO.

Primorosamente.

FELIPE.

Lo principal está hecho:  
el ayre no faltará.

FERNANDO.

No afecteis encogimiento,  
y le adquirireis.

FELIPE.

Ya estoy:

talle libre, brazo suelto,  
frente empinada, pasitos (2)  
menudos, pero ligeros:  
ya estoy: que mas falta ahora?

FERNANDO.

El encanto, el embeleso  
de la palabra....

FELIPE.

Esto es,

saber encaxar requiebros,  
que con palabras muy finas  
den á entender pensamientos  
muy groseros y muy sucios.  
Veamos como me expreso:  
tú eres la Dama: (3) *Adorado*

(1) Acabándose de vestir.

(2) Hace lo que dice.

(3) A Roque.

y echizadisimo dueño  
de mi cuerpo, y de mi alma,  
de mi alma, y de mi cuerpo.

FERNANDO.

Jesus! yo muero de risa. (1)

FELIPE.

Os reis? Pues no os arriendo  
la ganancia: lo que veis  
en mí, todos lo están viendo  
en los amantes. Sus gracias  
son risa para el que fresco  
los vé y los observa. Vamos,  
señor, vamonos corriendo (2)  
á ser locos; pues el diablo  
en tal desdicha me ha puesto.

(1) Fernando y Roque se rien.

(2) Se vuelve á ellos, con seriedad jocosa.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

D. Fernando , D. Felipe y Roque.

FELIPE.

¿Con que por aquí las Damas han de venir?

FERNANDO.

Me avisaron, como visteis , de que aquí viniésemos.

FELIPE.

Lindo trago me vais á dar. Yo con dengues?

con mimos almivarados?

y con *me muero , me fino , ay de mí ! To os idolatro !*

De quando acá yo con Damas, Señor ? mi gesto , mis años , mi retiro , ¿como pueden dictar un afecto fatuo, que no hay en mí y que aborrezco?

ROQUE.

El fingirse enamorado no es difícil ; yo conozco mas de dos , y mas de quatro, que quando les acomoda

saben fingirlo de pasino , y los cren , que es lo peor.

FELIPE.

Harán ellas otro tanto, y váyase uno por otro. Solo se vive de engaño en el mundo ; y ellos y ellas suelen entre sí trocarlo. Pero yo vivo en el mundo, sin que me deba su trato solicitud , ni deseo. Como todos fui muchacho, y nunca hablé con ternura á una muger. Qué desbarro ! llenarlas de vanidad para que nos den el pago de llevarnos por la rienda, á manera de caballos.

FERNANDO.

Amigo , yo no pretendo venceros , ni violentaros á un imposible. Nos basta que delante del hermano de Inés os manifesteis deseoso , ó inclinado á casar con ella.

FELIPE.

Bueno!

Señor , y para entablarlo con propiedad , no es preciso mirar muy tierno al soslayo, suspirar timidamente, y á trompicones hablando decir veinte boberías

á una mocosa un barbado?  
Ah mugeres! por vosotras  
todos los hombres son asnos.

ROQUE.

Alto ; que vienen las Ninfas  
ya por la calle asomando :  
y á fe que pisan con ayre.

FELIPE.

Como es eso? (1) Por San Pablo  
que no sé lo que me pasa....  
Se acercan? Al primer paso,  
qué he de decirlas?... Roquillo,  
hombre, dime; voy de garbo  
de que se rian de mi?

ROQUE.

No, Señor : estais bizarro,  
y ayroso.

FELIPE.

Gracias á Dios.

Con ellas ser mentecato  
no es defecto ; ser mal mozo  
es un horrible pecado.

FERNANDO.

Venid.

FELIPE.

Qué es venid? dexad  
que lleguen. Burla, burlando  
la tempestad se nos viene  
á echar encima. Fernando,  
llegad vos, que yo á esta esquina

(1) Se asusta.

esperaré retirado  
á que las habéis.

## ESCENA. II.

Inés, Luisa, Benita y dichos.

FERNANDO.

Muy bien:  
la ocasion está en la mano;  
y ahora....

FELIPE.

Tiempo habrá otro dia:

andad : podremos pensarlo  
mejor, tomando algun tiempo.  
Mirad, como soy Christiano,  
que me hallo fatigadillo;  
y yo tengo por tan árduo  
negocio el enamorar,  
que si me falta el descanso,  
ahí vá, me echo con la carga  
como pollino cansado.

FERNANDO.

Señoras, (1) de la ventura  
que me ocasiona el acaso,  
de hallaros, mil parabienes (2)  
doy á este amigo, que al alto (3)

(1) Acercanse las damas.

(2) Fernando le ase de la mano y le presenta  
á las damas.

(3) Todo esto lo dirá D. Fernando mirando  
al soslayo á D. Felipe, y sonriéndose como dan-  
do á entender que se burla, para ver la impresion  
que hace en el Filósofo.

mérito vuestro rendido  
ha días que deseando  
está ofrecer su obsequio;  
y yo os ruego que aceptarlo  
queráis.

FELIPE.

Jesus! (1) qué embolismo!  
y este language endiablado  
he de hablar yo?

ROQUE.

Sin remedio.

FERNANDO.

Qué os deteneis? acercaos,  
Señor Don Felipe: (2) vaya  
que no es de perder el rato  
de hablar con dos hermosuras.

INÉS.

Tan gustosas aceptamos  
el favor (yo especialmente)  
con que habeis querido honrarnos,  
que ojalá pueda algun día  
mi gratitud expresarlo  
sin riesgo.

FELIPE.

Esta es la paloma. (3)  
Señoras, no sé si paso  
la raya de lo debido:  
embusterias no gasto.  
Quanto tengo, y quanto puedo  
con sencillez os consagro:

(1) Volviendo la cabeza á Roque.

(2) En el mismo tono.

(3) Aparte.

si lo admitis, hareis bien,  
sino, ni pierdo ni gano.

LUISA.

Benita: que te parece?

BENITA.

Filósofo estrafalario:  
raro humor, costumbres toscas.

INÉS.

Nos es hoy tan necesario  
vuestro auxilio...

FELIPE.

Sí, no hay duda: (1)  
por Christo que es un milagro  
de hermosura la Inesilla. (2)

LUISA.

Señores, á qué pararnos  
en ceremonias? Mi prima  
(ya lo sabeis) de un infausto  
destino se vé amagada:  
la compasion, y el amparo  
que merece la virtud  
oprimida, os inclinaron  
á favorecerla: en esto  
dais un testimonio claro  
de que en vos triunfa igualmente  
la virtud. Resta rogaros  
solo, que en tan digna empresa

(1) Distruido, mirando con mucho ahinco á Inés.

(2) A parte.

os propongais obligarnos  
á eterno agradecimiento.

INÉS.

Señor, aunque á mi recato (1)  
no corresponda expresar  
con la eficacia del labio  
sentimientos que en el alma  
causan doloroso estrago,  
hay casos, hay ocasiones  
en que el poder inhumano  
de los hombres nos obliga  
á atropellar sin reparo  
honor, decoro, respeto,  
que en los lances angustiados,  
si el decoro es lo de ménos,  
es preciso abandonarlo  
por no arriesgar lo que es mas.  
Con harto pesar os hablo,  
sí, á fé mia, en tal materia:  
pero, pues sabeis que amo,  
que sujetarme pretenden  
á un aborrecido lazo;  
y que peligra mi vida  
si llega á verificarlo  
la codiciosa violencia  
de un mas que hermano, tirano:  
perdonadle á mi desdicha  
este desahogo infausto  
de su opresion: y creed  
que me cuesta el empeñaros  
en mi favor tanta pena,  
como le cuesta cuidados

(1) Inés dirá todo este razonamiento con gran-  
dísimo afecto y ternura.

á mi amor verse en peligro  
de ser siempre desdichado.

FELIPE.

¡Qué suavidad! Qué modestia! (1)  
Qué discrecion! poco valgo,  
Señora; pero os protesto  
que haré por serviros, quanto  
necesiteis... Santo Cielo, (2)  
¡que sentimiento tan blando  
es este, que esta muchacha  
inspira en mí? (3)

BENITA.

Que embobado  
se queda el hombre! me temo  
que si á este bestia fiamos  
la empresa, nos ha de dar  
ántes risa, y despues chasco.

LUI SA.

No lo creas.

BENITA.

Pues no veis...?

LUI SA.

Un hombre que retirado  
vivió siempre de los hombres,  
por no exponerse á ser malo,  
será rústico en su modo,  
y será en su genio estraño;  
mas no será fementido  
ni debil. En aquel raro

(1) Aparte (2) Aparte.

(3) Hablan entre sí Felipe, Inés y Fernando,  
mientras Luisa y Benita en alto.

54 *La Escuela de la Amistad,*

traje, y en aquella basta explicacion contemplando estoy yo un ánimo grande, veráz, generoso, franco, compasivo. Acá en el mundo por la corteza juzgamos, pero en abriendo la fruta, Benita, quantos engaños!

FELIPE.

Pues, Señora, disipad (1) desde hoy vuestro sobresalto, y dexadme hacer.

FERNANDO.

Qué gracias

os podré dar...!

FELIPE.

Ea, vamos,

Señor: dexemos frioleras. Recibiré como agravio, que el que mi amistad merece á cada instante apestando me vaya con ceremonias. La muchacha es un encanto! ¡nunca creí que una hembra fuese un animal tan grato!

(1) A Inés.

ESCENA III.

(1) *El Marques, Don Silvestre y dichos.* (1)

ESPINA.

Ellas son.

SILVESTRE.

Qué desvergüenza! con el Fernandillo hablando, sabiendo quanto me irrita!

ESPINA.

¿Quereis ver, quan presto el campo desocupa? Yo haré.....

SILVESTRE.

No:

fuera alborotar el barrio; y reñir ante testigos ocasionára los gastos de un litigio perdurable. Al otro que está parado con ellas, no le conozco. Bueno será que sepamos quien es: y por qué motivo en poder del Asturiano la casa han dexado sola. Aquel parece criado.... Esperadme aquí un momento.

(1) Hablan entre si todos. La situacion de la Escena debe ser ésta: Inés, Benita, Luisa, Felipe, y Fernando, deben hallarse próximos á los bastidores de la derecha, Roque quedará detras, como en medio del foro.

ESPINA.

No tardeis , porque me canso. (1)

SILVESTRE.

Presto despacho : Mozito?

ROQUE.

Qué se ofrece?

SILVESTRE.

Interesado

estoy en saber quién es  
aquel hombre perdulario  
que habla con aquellas Damas :  
le conoces ?

ROQUE.

¿Y á vos quanto

os importa conocerle?

SILVESTRE.

Si me necesita en algo,  
conmigo , no con mi hermana  
debe hablar.

ROQUE.

Tate : ya caigo. (2)

Digo que tenéis razon ;  
pero otra vez de mi amo  
hablad con mas cortesía ;  
siquiera porque cuñado  
vuestro ha de ser.

(1) Espina se oculta entre los bastidores.

(2) Aparte.

SILVESTRE.

Cómo ?

ROQUE.

Cómo?

Como ha un mes , que está tratando  
de pedírosla.

SILVESTRE.

Aquel hombre ?

ROQUE.

Pues que hay en eso de extraño ?  
de Don Felipe Cisneros  
bien creo que desdeñaros  
no podreis ..

SILVESTRE.

Espera , aguarda :

¿el que está allí , es aquel sabio  
tan celebrado de todos  
por sus muchos mayorazgos,  
y por el retiro austero  
que observa , negado al trato,  
y á la sociedad ?

ROQUE.

El mismo.

SILVESTRE.

¿Y ese , dices que ha pensado  
(no me engañes) en casar  
con mi hermana ?

ROQUE.

Por acaso

la vió un dia : le gustó :  
el es de golpe y porrazo :  
pensó tener herederos



58 *La Escuela de la Amistad,*  
por linea recta : estoy harto  
(dixo) de vivir á solas :  
dinero tengo sobrado.

SILVESTRE.

Y se parará en la dote?

ROQUE.

Que dote? ni imaginarlo;  
quiere muger solamente,  
desnuda hasta de los trapos  
que hoy la pertenezcan.

SILVESTRE.

Bueno! (1)

ROQUE.

La vestirá toda.

SILVESTRE.

Brabo! (2)

ROQUE.

Despues dixo, echando cuentas:  
con ella vendrá su hermano  
á comer todos los dias,  
sobre él el peso descargo  
del gobierno de mis bienes;  
con que libre de este fardo,  
con Dios, mi esposa, y mis libros  
haré la vida de un santo.

SILVESTRE.

Piensa bien.

ROQUE.

Toma si piensa!

(1) Aparte. (2) Aparte.

*ó el Filósofo Enamorado.* 59  
ya la tragó el mentecato. (1)

SILVESTRE.

¿Y al otro que está con él  
le conoces?

ROQUE.

Amigazo

grande de mi amo, y solo  
de quien se fia.

SILVESTRE.

¿Enterado

está tambien del designio  
de tu Señor?

ROQUE.

Lo está tanto,

que él es el que mas le incita,  
las virtudes ponderando  
de Doña Inés, mi Señora;  
y esto que segun yo alcanzo  
por cosas que les he oido,  
á pesar de haberla amado,  
por verla feliz, la cedo....

SILVESTRE.

Á Dios.

ROQUE.

Mirad que os encargo  
el secreto.

SILVESTRE.

Bien está.

ROQUE.

Que alegre va el pobre diablo. (2)

(1) Aparte.

(2) Aparte. (1)

SILVESTRE.  
Señores? (1) Pues no sería  
mejor, ya que molestaros  
quereis con estas muchachas,  
en mi casa descansados  
favorecerme?

FERNANDO.  
Por dicha  
aquí acaso nos hallamos,  
é interesado mi amigo  
en disfrutar por un rato  
la oportunidad dichosa  
de ofrecerse.....

SILVESTRE.  
No, no extraño  
de la atención del Señor  
Don Felipe, que en honrarnos  
se empeñase.

INÉS.  
Es muy atento.

FELIPE.  
Nunca á lo debido falto,  
si se me alcanza: sino,  
mi ignorancia me hace salvo.

SILVESTRE.  
Señor Don Felipe, vos  
me debeis muchos aplausos,  
y admiracion: este sitio  
no es decente para daros  
pruebas de lo que os estimo:

(1) Llega muy oficioso.

quanto puedo, quanto alcanzo,  
mi casa, yo, y estas niñas  
para serviros estamos  
en lo que gustéis. Ahora  
permitid que acompañando  
las vaya, por que ya es hora.

FELIPE.  
Allá me tendreis temprano,  
que os quiero hablar.

SILVESTRE.  
Sí? pues cuenta  
que soy formal, y os aguardo  
sin falta.

FELIPE.  
No faltaré.  
Mucho, mucho me ha gustado  
vuestra hermana. Es cosa buena...  
ya, ya hablaremos despacio.

SILVESTRE.  
Pues espero.

FELIPE.  
No haré falta.  
¡Qué he de faltar, si ya rabio (1)  
por no apartarme un momento  
de esta mocosa!

SILVESTRE.  
A Dios. Vamos.

INÉS.  
Señor, las manos os beso. (2)

(1) Aparte. (2) A D. Felipe

IURSA.

Sabed, que me habeis gustado  
mucho, mucho. (1)

FELIPE.

Lo agradezco.

Ojalá Inés otro tanto (2)  
dixera.

FERNANDO.

Y pues, qué os parece?

FELIPE.

Inés? un Cielo, un pedazo  
de... qué sé yo... sois dichoso. (3)

## ESCENA IV.

El Marques y los dichos. (4)

ESPINA.

No es por cierto mal petardo,  
hacerme esperar dos horas,  
y marcharse el insensato  
sin contar conmigo; ¡pues  
tengo yo un genio gallardo  
para que de mí se burlen!  
Mas; si pretendió arrancarlos  
de ellas, y no halló otro arbitrio?  
Sí; ahora bien, emprendamos  
lo que á mi honor corresponde.

(1) Al mismo, y vase con Benita, Inés y Sil-  
vestre. (2) Aparte.

(3) Vase. (4) Quédanse hablando los dos, y  
al paño sale Espina.

Con vos, Señor Don Fernando, (1)  
tengo que hablar.

FERNANDO.

Pues hablad.

ESPINA.

¿No os consta que estoy amando  
á Inés?

FERNANDO.

No, Señor.

ESPINA.

No?

FERNANDO.

No.

ESPINA.

Yo sé que estais engañado.

FERNANDO.

Pues yo sé que no lo estoy.

ESPINA.

Oh! no es posible dudarlo,  
sabiendo que por mi causa  
de su presencia os echaron  
para siempre.

FERNANDO.

Poderosa  
demostracion! Un avaro  
prefiere vuestro dinero:

(1) Sale aquí.

vos solicitais la mano  
de una muchacha muy rica :  
en tal pretension , no hallo  
yo amor , sino conveniencia.

ESPINA.

¿Con qué he de decirlo claro ?  
pues bien : segun me dixisteis  
hace ya mas de dos años  
que la amais : yo hace un mes solo :  
pero quando me comparo  
con vos , sin jactancia , creo  
que importa ese breve espacio  
mas que vuestra larga fecha.  
Estoy poco acostumbrado  
á sufrir ribalidades.  
En las conquistas que entablo,  
la oposicion me fastidia:  
os suplico , que no en vano  
os haga yo esta advertencia.

FERNANDO.

Qué miseria ! (1)

FELIPE.

¿Tan elado  
recibis las desvergüenzas  
de este bruto ?

FERNANDO.

Las aguanto  
porque en fin media el honor  
de una inocente.

(1) Mirándole con desprecio.

ESPINA.

Yo llamo  
cobardía á ese respeto.

FELIPE.

Y yo os llamo á vos un macho (1)  
con albarda de insolencias.  
¿En que escuela le han dictado  
esa vanidad brutal ?

FERNANDO.

Ay , amigo , sosegaos :  
no os altereis , que yo solo  
para contestarle basto.

ESPINA.

Y yo tambien soy bastante  
para reprimir á un fatuo  
que me insulta.

FELIPE.

¿Cómo es eso  
de reprimir ? Apartaos,  
y dexadme que á este niño  
le demuestre á cintarazos  
la cortesía que ignora.

FERNANDO.

Deteneos : ...ya acercando (2)  
se vá mucha gente : ... presto,  
vamos de aquí

(1) Á Espina con cólera.

(2) Sale algun pueblo á los bastidores , y D.  
Fernando toma del brazo á Don Felipe.

ESPIÑA.

En qué quedamos?

FELIPE.

En que doscientas patadas  
tengo deseo de daros.  
Citad lugar y vereis  
con que gusto os las estampo.

FERNANDO.

Ya hablaremos. (1) Yo os prometo  
que hablaremos.... Alejaos  
vos por allí, que nosotros  
irémos por este lado,  
para evitar que se note  
nuestra imprudencia. (2) No alcanzo,  
amigo, como ha cabido  
en vuestro juicio...

FELIPE.

Me enfado  
fuertemente quando noto  
á estos niños casquivanos,  
lentos de ignorancia, y llenos  
de presuncion, muy pagados  
de que son lindos y monos.  
Yo no puedo tolerarlos;  
son detestables, murmuran,  
infaman, mienten contando  
victorias que no consiguen;

(1) A Espina.

(2) Vase Espina.

ó torpemente ostentando  
los triunfos abominables  
de su corrupcion: Hinchados,  
soberbios, provocativos...  
¿y quiénes son? unos trastos  
sin crianza, sin principios,  
cuyo mérito ordinario  
es ser tontos por arriba,  
y animales por abaxo.

FERNANDO.

Pero debierais...

FELIPE.

Debiera  
haberle roto los cascos,  
sí, señor: ¿qué es friolera  
mi amigo, é Inés mediando,  
venirse con chilindrinas?  
es preciso escarmentarlos,  
sí, señor, á estos mozuolos;  
y hacerles ver á porrazos,  
que deben ser comedidos,  
ya que no quieren ser santos.  
Ay Inés! de mi memoria (1)  
no te apartas! Malo, malo. (2)

ESCENA V.

Inés y Benita.

INÉS.

Qué hace mi hermano?

(1) Aparte. (1) Vanse.

BENITA.

Se entró  
al instante en su despacho  
á ajustar cuentas.

INÉS.

Benita,  
¿qué me dices del estado  
de nuestra empresa? qué juzgas  
de Don Felipe?

BENITA.

No acabo  
de asegurarme. Luisa  
le tiene por un hombrazo  
de estos de seso maduro,  
y juicio de cal y canto;  
mas yo, en verdad, no las tengo  
todas conmigo.

INÉS.

Yo hallo,  
que si es de Fernando amigo,  
no será de juicio escaso,  
ni de virtud.

BENITA.

Ya, es verdad!  
bueno ha de ser, no hay dudarle,  
todo lo que pertenezca  
á los que queremos....(1)

(1) Con ironia festiva.

## ESCENA VI.

*El Marques y dichas.* (1)

ESPINA

Pasos

sucedan, que si no hubiera  
prudencia en un hombre...

BENITA.

Alabo

la urbanidad!

INÉS.

¿Pues qué es eso  
Señor Marques? qué os ha dado?  
estais indispuerto?

ESPINA.

Sí: (2)

lo estoy de veras: me abraso  
de zelos y de furor.

BENITA.

Ay Dios! que viene rabiando  
el pobrecito!

INÉS.

De zelos?

(1) Salé Espina desafortado, y se sienta con descortesía haciéndose ayre con el sombrero, cruzando una pierna sobre otra, y recostándose como sofocado.

(2) Volviendo la cabeza á Inés, y luego dándole la espalda.

ESPINA.

Sí, si, señora...y pues callo (1)  
dexame en paz.

INÉS.

Qué locura  
es ésta? Vos tan osado  
en mi presencia? Conmigo?

ESPINA,

Pues está bonito el caso! (2)  
¡me reñirá todavía  
despues que estoy tolerando  
sus trayciones!

INÉS.

A no ver  
que os hallais de juicio falto,  
yo os enseñára...

ESPINA.

No digo?  
¡sobre que es un incensato  
quien las trata con blandura!  
ya estoy harto, ya estoy harto  
de Don Fernando: lo digo:  
sé que tú estás fomentando  
sus desvarios: que tú  
le haces cara, le has llamado.  
Si, señora; lo sé todo. (3)

INÉS.

Benita, coge de un brazo

- (1) Levántase y se pasea sofocado.  
(2) Mirándola al soslayo, y puesto en planta.  
(3) Se pasea.

al Señor Marques, y presto  
ponle en la puerta: y no fraguo  
mayor venganza, porque  
á los necios yo no trato  
nunca, sino como necios.

BENITA.

Como que lo haré volando: (2)  
camine su Señoría.

ESPINA.

Apartate: ¿con que al cabo  
yo he de ceder? Mira, Inés, (2)  
tú no sabes los trabajos  
que pasa un joven amable,  
quando á una Dama obsequiando,  
ella lo planta, ó él sufre  
no ser solo. En los teatros,  
en las tertulias, paseos,  
cafees, y bayles mofado  
se vé, y desayrado en todo.  
Se rien de él por lo baxo,  
le destrozan, le deguellan...  
Hasta aquí he tenido en salvo  
mi honor en punto tan grave.  
Tú sola....

INÉS.

Ya no me espanto  
de que el honor en el mundo  
solo sea un nobmre vano  
entre los que mas le nombran.  
La apariencia, el aparato

- (1) Agarrándole.  
(2) Arredrándola con furia,

de la vanidad se busca  
 en los enlaces sagrados  
 que delante de las aras  
 forma el amor. ¿Con qué el fausto  
 solo os instiga á servirme?  
 La ostentacion, el conato  
 de que en toda concurrencia  
 se diga, que sin contrarios  
 lograis de una buena moza,  
 (segun vuestro diccionario)  
 la mano, y la voluntad?  
 Horror me causa pensarlo!  
 El amor, el dulce amor  
 desconocido en tan baxos  
 corazones, ¿cómo puede  
 hacer eterno el alhago,  
 ni producir fé inviolable  
 en almas que se juntaron  
 por vanidad, ó capricho?  
 Señor Marques, retiraos  
 para siempre de mi vista.  
 Yo os lo digo, yo os lo mando,  
 si es menester. Abomino  
 vuestras costumbres; retrato  
 fiel de las que España llora  
 en la juventud de tantos  
 que nacen para infestarla.  
 Ese modo descarado  
 de hablar, de tratar con quien  
 ni debe, ni quiso daros  
 motivo para abusar  
 de su decoro, empleadlo  
 allá en vuestras concurrencias:  
 allá donde del descaro  
 se hace gracia, y se practican

por donaire el desacato,  
 y disolucion. No os vais?

ESPINA.

Pero Inés... (1)

INÉS.

Mas escucharos  
 no quiero: y tened sabido  
 por lo que interesa á entrambos,  
 que antes que ser vuestra esposa,  
 daré mi persona á un claustro.

ESCENA VII.

*Silvestre, y los dichos.*

SILVESTRE.

Que voces son estas?

INÉS.

Nada. (2)

BENITA.

El señorito es muy guapo!  
 Vaya, quiere que le quieran  
 por fuerza: y cierto es un cargo  
 de conciencia, que se pierdan  
 tantas gracias (3)

SILVESTRE.

¿Qué ha pasado

(1) Humilde.

(2) Vase. (3) Vase.



ESPINA.

Desperdiar agasajos  
inútiles con Inés;  
he despreciado otras manos  
de mucho mérito, todas,  
todas las he desechado  
por ella: y viniendo ahora  
á suplicarla, que en pago  
de lograr la preferencia  
de mi pecho, sus conatos  
fixe en mí solo; se enoja,  
se enfurece, y me ha intimado  
que á verla no vuelva.

SILVESTRE.

Ya: (1)

de manera que si hablamos  
como se debe, yo creo  
que no va descaminado  
su enojo. Señor Marques,  
es inútil molestarnos  
sin necesidad. Inés,  
por causas que yo no acabo  
de entender, no os puede ver:  
os aborrece. Su casto  
corazon no se acomoda  
con ese desembarazo  
que vos gastais: y no hay duda  
que de afectos tan contrarios  
nunca buenos casamientos  
se siguieron. Obstinaros

(1) Con frialdad grosera.

en precisarla, sería  
haceros el triste agravio  
de veros aborrecido  
cabalmente en el estado  
que obliga á amar. Ahora bien....

ESPINA.

Ahora bien: yo no me allano  
á nada. Me la ofrecisteis?  
ha de ser mia.

SILVESTRE.

Espacio

lo trataremos: porque  
negocios tan delicados  
piden mucha madurez;  
y si una vez se hace el daño,  
es difícil remediarle.  
¿Y de vuestros Mayorazgos  
que nuevas hay? Me aseguran  
que los teneis empeñados  
excesivamente.

ESPINA.

Mienten.

SILVESTRE.

Dígolo, porque en tal caso  
tendria Inés esta causa  
mas, para no desearos  
por marido. Ella es muchacha,  
y gustará del boato  
de que careció hasta aquí.  
Sus rentas para tal gasto  
no bastan: y yo en mis cuentas  
me parece que la alcanzo  
en muchos miles...No hay duda.

h

## E S C E N A. VIII.

*Sale Luisa.*

L U I S A.

Un hombre te está esperando  
en la antesala.

S I L V E S T R E.

Bien, voy :  
mientras vuelvo , consultadlo  
con Luisa. Sabe mucho,  
y ella podrá aconsejaros. (1)

L U I S A.

Y que es ello ?

E S P I N A.

Qué ha de ser ?  
que Inés ahora se ha empeñado  
en despedirme.

L U I S A.

Y lo acierta.

Yo á lo ménos , (2) sino gano  
en este lance , consigo  
veros libre de unos lazos  
que me eran desagradables.

E S P I N A.

Zelitos ! me alegre : (3) Vamos ,

(1) Vase

(2) Con modestia irónica.

(3) Acercándose á ella con denguá.

alma mia , la verdad,  
sin rodeos : te he petado ?

L U I S A.

Estando Inés de por medio, (1)  
no fuera consejo sano  
declararme á quien la adora.

E S P I N A.

Adorar, he ? Sus ducados  
tal qual pueden estimarse,  
pero ella ? Mayor pelmazo  
no he visto nunca : muy tiesa,  
muy circanspecta , ensartando  
sentencias de Capuchino  
con ayre severo , y agrio.  
Siempre grave , siempre adusta,  
modales allá á lo rancio,  
del tiempo de las golillas.  
Qué peste !

L U I S A.

Bien dicho ! Aplaudo  
vuestro gusto. Está insufrible  
con los estilos de antaño ,  
*pundonor , honestidad ,*  
*respeto* : bellos vocablos  
del siglo de Doña Urraca ! (2)  
En fin, Marques , ¿ puedo daros  
la enorabuena ?

E S P I N A.

De qué ?

(1) Baxando los ojos con pudor estudiado.

(2) Muy alegre.

L U I S A .

De qué ya desengañado  
dexais á Inés.

E S P I N A .

(1) No, Señora :  
eso no : caspita ! El diablo  
que aguantara la rechiffa  
que entónces en los estrados  
se haría de mí : no es cosa !  
*es un niño : le plantaron :*  
*no sabe : es un pobrecillo :*  
*su mérito es muy mediano :*  
solo de pensarlo tiemblo.

L U I S A .

Me engañé : (1) fue temerario  
mi juicio : me imaginaba  
dichosa ya , interpretando  
á mi favor...¡Qué locura  
la mia !

E S P I N A .

¿ Pues qué has dudado  
de mi amor ? Mira , Luisita,  
si alguna de veras amo ,  
eres tú : ya te lo he dicho.

L U I S A .

Eso es : y queréis casaros  
con Inés.

E S P I N A .

No ves que es sería  
y Doctora ? Estos geniazos  
ásperos y fastidiosos,

(1) Con sentimiento vergonzoso, fixando la vista en el suelo.

circunspectos y entonados  
son para dentro de casa  
excelentes. Yo no paro  
dos horas en ella , en estas  
hablo muy poco , ó no hablo.  
La muger, que desahogue  
su genio con los criados :  
allá se las haya. Yo,  
mientras ella gruñe, escapo  
á no merecer el nombre  
de baboso , ni de uraño  
en la sociedad. Luisita,  
te haría el mayor agravio  
yo , la mas negra injusticia  
con querer que en el estado  
del matrimonio se ajáran  
tu chiste y tu garabato.  
El casarse es para sosas,  
para esos genios pesados  
que saben únicamente  
parir hijos y educarlos.  
Una niña de tu chiste,  
tu sal y tu desparpajo  
en casándose voló,  
á Dios , perdió sus encantos.  
Nosotros de las esposas  
hacemos muy poco caso :  
dennos hijos , y esto basta.  
Nuestro amor , nuestros conatos  
siempre están fuera de casa.  
Genios alegres, buscamos,  
atractivos, hechizeros,  
que del manjar cotidiano  
desempalagarnos sepan.  
Quieres , Luisita, acertarlo ?

No te cases. Tú verás  
siempre los hombres postrados  
á tu imperio, y yo el primero.  
Verás que famosos ratos  
tenemos, mientras Inés,  
gotica de arriba abaxo,  
cria chiquillos, y gruñe:  
ya lo verás.

L U I S A.

Soberano  
proyecto, sino ocurriera  
un pequeñito embarazo  
fácil de vencer.

E S P I N A.

Y qual!

L U I S A.

No es nada. Inés ha encontrado  
hombre igual á sus costumbres,  
desea enlazarse á un sábio,  
no de estos que nos aturden  
con coplas, y papelajos;  
sino con uno que pone  
su ciencia en ser hombre honrado,  
veráz, noble, virtuoso,  
buen amigo, y ciudadano  
benéfico; á cuyas prendas  
añade el extraordinario  
mérito de ser mas rico  
que vos, con mucho: los pactos  
de su boda van á hacerse.  
Vos lo sentireis, es claro:  
pero ella se encaprichó,  
y no hay remedio. Su hermano

se rinde ya. Marquesito,  
paciencia. Yo os acompaño  
en el pesar...

E S P I N A.

Qué decis?

L U I S A.

Yo, ya se vé, nada valgo  
para ocupar el lugar  
que dexa Inés. Sin embargo,  
siento vuestra desventura  
mucho, mucho.

E S P I N A.

Estoy pasmado! (1)

qué dirán de mí las gentes!

## E S C E N A IX.

*Silvestre, Felipe, y dichos.*

F E L I P E.

No lo sufro: en vuestro quarto  
estabais con otro amigo,  
id allá: yo no me pago,  
de ceremonias.

S I L V E S T R E.

Si iré,

porque de él estoy cobrando  
ciertos intereses; pero  
os dexaré presentado  
á las muchachas. Benita? (2)

(1) Quédase suspenso. (2) Sale Benita.

82 *La Escuela de la Amistad,*  
Dí á Inés, que le está esperando  
aquí el Señor Don Felipe. (1)

L U I S A.  
Este es el novio. (2)

F E L I P E.  
Sentarnos  
pudiéramos, si os parece. (3)  
Caballero... (4) Hui! Este sandío  
aquí? ya no puedo hacer  
cosa de provecho.

E S P I N A.  
Ardo  
de colera. Yo pospuesto  
á este infeliz mamarracho! (5)  
Por quien soy que ha de pagarme  
este sonrojo bien caro. (6)

F E L I P E.  
Mucho tarda vuestra hermana. (7)

S I L V E S T R E.  
Yo la apremiaré de paso;  
dispensadme : hasta despues. (8)

- (1) Vase Benita.  
(2) A Espina.  
(3) A Luisa.  
(4) Va á saludar á Espina, le conoce y se  
exaspera.  
(5) Aparte.  
(6) Vase.  
(7) A Silvestre. (8) Vase.

83 *ó el Filósofo Enamorado.*

ESCENA X. (1)

F E L I P E.  
Este lance es apretado.  
¿Qué hablaré yo á esta muger? (2)

L U I S A.  
Estaba, á fé, descando  
veros despacio.

F E L I P E.  
Lo estimo.  
¿Vuestra prima en algun arduo  
negocio se ocupa?

L U I S A.  
No :  
no tardará.

ESCENA XI.

*Inés, Benita y dichos.*

I N É S,  
Vuestras manos  
beso, Señor Don Felipe :  
perdonadme haber tardado  
por que...

F E L I P E.  
Ya estais perdonada. (3)  
Adonde queréis sentaros?

- (1) Siéntanse, y están sin hablar un poco de  
tiempo.  
(2) Aparte.  
(3) Sumamente vivo y oficioso, toma una si-  
lla y la hace sentar á su lado.

aquí á mi lado venid,  
 porque mil negocios traygo  
 que deciros. Estais bella.  
 Vuestras mexillas y labios  
 son divinos : vuestros ojos  
 pueden tirar un chispazo  
 al mismo amor.

BENITA.

Ay Señora!  
 que se nos derrite el sábio.

LUISA.

Benita , en esta flaqueza,  
 si no se vé el hombre urbano,  
 se vé el hombre de verdad.

BENITA.

Os gusta ?

LUISA

Siempre he estimado  
 la probidad , y el candor.

INÉS.

Y vuestro amigo ?

FELIPE.

Evacuando  
 le dexé , no sé que asunto :  
 vendrá luego : y entre tanto  
 ya sabeis que á mi me toca  
 hacer sus veces : (1) (me afano

(1) Aquí se distrae , se levanta , da dos ó tres  
 pasos adelante.

dentro de mí , vive el Cielo. (1)  
 ¿Si me habré yo enamorado ?  
 No : pues ello algo me escuece  
 la chiquilla : bueno ! calvo ,  
 medio viejo , con peluca ,  
 en la ventura empeñado  
 de mi amigo....(2) Voto á cribas  
 que fuera tremendo chasco.)

INÉS.

Señor Don Felipe ?

FELIPE.

Ah ! si :  
 me enagené.

BENITA.

Está borracho (3)  
 este hombre ?

LUISA.

Yo bien comprendo  
 su interior , y no me engaño.

FELIPE.

Digo de verdad , Señora,  
 que si en vos está copiado  
 vuestro sexò , he sido un bruto  
 en huirlo y evitarlo  
 tantos años de mi vida.  
 Dicen que hay genios bellacos  
 entre vosotras , mudables,

(1) A parte.

(2) Aquí hará un aspaviento , tal como dar-  
 se una palmada en la frente , un corcobo , una  
 patada recia en el suelo &c.

(3) A Luisa.

de pensamientos libianos,  
y lo que es peor, infieles  
á los pobres maridazos  
que las regalan y miman.  
Esto es malo, cierto, malo:  
pero quando se tropieza  
con una Inesita, quando  
la virtud y la hermosura  
se hermanan, me persuado,  
(lo conozco) que no acierta  
quien vive como ermitaño,  
sin tener la vocacion.

INÉS.

Si yo he sabido agradaos,  
no culparéis por lo ménos  
la eleccion de Don Fernando.

FELIPE.

Culparla? Si él la dexara,  
vengara yo agravio tanto  
con tomarla para mí.  
(Esto es hecho; yo me zampo (1)  
de paticas en la hoguera  
de amor. Ay Dios! qué trabajo!)

LUISA.

Penetraste ya la causa  
de su arrobo?

BENITA.

Demasiado.

Como sin trato ha vivido,  
sordo y ciego á los encantos  
del sexó, ahora que de cerca

(1) Aparte.

los mira y oye, bufando  
los recibe como el toro  
las vanderillas.

## ESCENA XII.

Don Fernando y los dichos. (1)

FELIPE.

Muchacho,

venid acá, este es el sitio  
que os pertenece: ea, largo  
y tendido: desatad  
la lengua, el suspiro, el llanto:  
(mi amigo está aquí; mi amor (2)  
enmudeció, y para ahogarlo  
del todo)...(3) ¿Estais, Señorita,  
con ayre de darme un rato  
de conversacion? Ya veis  
que aunque no soy vivaracho,  
soy solteron, y con rentas,  
buen humor, y genio manso.

FERNANDO.

Amigo, yo no consiento... (4)

FELIPE.

¿Estais de amor rebentando,  
y me andais en cumplimientos?

(1) Don Felipe al verle se levanta, le ase de  
un brazo y le sienta en su silla al lado de Inés.

(2) Aparte.

(3) Se sienta junto á Luisa, pone una pierna  
sobre otra, y la habla con ahinco.

(4) Se levanta Don Fernando.

88 *La Escuela de la Amistad,*  
ea, pese á tal; sentaos, (1)  
y hablad, que hácia aquí nosotros  
procurarémos vengarnos.

FERNANDO.

Ay Inés! ¿qué para hablarte  
haga el enemigo hado  
necesidad la cautela?  
¿Por qual error trastornaron  
los hombres la ley precisa  
de los afectos humanos?  
Ya en vano se aman dos almas:  
se corresponden en vano  
dos corazones: civiles  
intereses conjurados  
contra el recíproco afecto,  
le harán inútil ó infausto,  
con odios, persecuciones,  
y enemistades... Oh! cuántos  
lloraron esta desdicha,  
y cuánto yo la he llorado!

INÉS.

Querrá el Cielo que se acaben  
nuestras penas, y quebrantos  
y amanezca mejor día  
á nuestro amor. Si duramos  
en nuestra empresa...

FELIPE.

Es verdad: (2)

(1) Vuelvelo á sentar, y él junto á Luisa.

(2) Don Felipe habrá estado atento á lo que  
hablan Inés y Fernando, y vuelve la silla hácia  
ella para decirla estas palabras.

*ó el Filósofo Enamorado.* 89

aunque llovieran venablos  
contra mí, del Espinilla  
no sereis esposa... Al caso.  
En que estábamos? (1)

LUISA.

En, que

no haccis mas que embelesaros,  
y no escucharme.

FELIPE.

Ya entiendo. (2)

LUISA.

Os soy en muy alto grado  
apasionada.

FELIPE.

Ya entiendo. (3)

LUISA.

Porque aunque por mí no basto  
á juzgar...

FELIPE.

Ya entiendo... Inés, (4)

no hay que temer. Me he empeñado  
en casaros, y con ello  
me he de salir, aunque á carros  
vinieran por vos Marqueses.  
No es bueno que me ha enfadado (5)  
que hable con Fernando Inés,

(1) A Luisa volviendo hácia ella la silla.

(2) Distruido.

(3) Distruido.

(4) Vuelve otra vez la silla hácia Inés.

(5) Aparte.



y no conmigo! Ah villano  
amor! ya me aprisionaste:  
zelos tengo? soy tu esclavo.

BENITA.

Señora, qué hombre es aqueste?  
con treinta mil de á caballo  
dexadle, y váyase al Limbo.

FELIPE.

Amigo, ya molestamos: (1)  
vamos de aquí.

INÉS.

No, señor,  
bien sabeis, quan desecado  
fuisteis y sois de esta casa.

FERNANDO.

Ahora, amigo, comenzamos  
á hablar: ya veis que el asunto  
es grave, y requiere espacio.

FELIPE.

Ah Fernando! (2)

FERNANDO.

Qué decis?

FELIPE.

Ya os pesará el escucharlo.  
Quisisteis que enamorara?  
presto querreis lo contrario.

(1) Levántase como despechado, y despues  
todos.

(2) Con grandísima vehemencia.

Señoras, ingenuamente:  
un momento mas no paro  
en vuestra presencia. Yo  
me entiendo. Soy delicado  
en ciertos puntos. A todos  
estoy aquí haciendo daño.  
A vos, porque os soy infiel. (1)  
A vos, porque no os consagro (2)  
mis officios con pureza.

A vos, porque soy ingrato (3)  
al afecto que os merezco.

A tí, por que estás rabiando (4)  
por irte de aquí á reir.

A mí, porque...me atraganto  
al proferirlo...no puedo...

no estoy bueno: malo me hallo:  
aquí en el pecho á la parte

del corazon. No soy mármol:

soy hombre de carne y hueso

como todos mis hermanos.  
No quiero ser fementido,

ni esperar mas el amago  
de un pesar que me atormente.

Si bien ó mal me he explicado,  
no lo sé: sé que las lio,

y que en mi casa os aguardo. (5)

BENITA.

Agua vá: terrible bestia  
es el tal filosofastro!

(1) A Fernando.

(2) A Inés.

(3) A Luisa.

(4) A Benita.

(5) A Fernando, y vase.

INÉS.

Le has desairado Luisa?

L U I S A.

Ni él sabe si yo le he hablado:  
otra es la causa; hablarémos.  
A ver á Silvestre paso  
para dar un colorido  
á esta fuga, que ha arruinado  
sin duda nuestros proyectos.  
No os detengais vos muchazo,  
Señor Don miel: acudid  
á vuestro amigo, y cuidadlo,  
que es grande hombre: y no os riais  
que de todas veras hablo... (1)

FERNANDO.

Es obligacion precisa:  
á socorrerle volando  
voy. Idolatrada Inés,  
permíteme, que al sagrado  
vínculo de la amistad  
dedique el tiempo que falto  
á tus obsequios; que en ménos  
obligacion emplearlo  
fuera en mí caso imposible.

INÉS.

Vé en buen hora: y respetando  
la amistad, no de tu Inés  
olvides el trance amargo  
en que la ha puesto su suerte

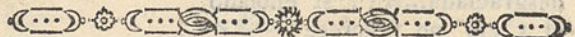
(1) Vase.

desgraciada... Ah! si enojado  
el Cielo no favorece  
nuestros intentos; tus llantos  
preven para mi sepulcro,  
prevenlos. Ay! que angustiado  
mi corazon en la muerte  
hallará solo descanso.

FERNANDO.

Ah mi Inés! sin tí que fuera,  
qué fuera de tu Fernando!

*Fin del Acto II.*



## ACTO TERCERO.

### ESCENA PRIMERA.

D. Felipe D. Fernando , y Roque. (1)

FELIPE.

Mucho tarda. Con Inés  
quedó hablando: no es estraña  
su detencion. Con Inés!  
ya se vé, de tantas gracias  
apartarse es muy difícil.  
El diantre de la muchacha!  
nunca yo la viera...Y bien,  
señora ciencia, empleada  
por tanto tiempo en tener  
las pasioncillas á raya;  
soledad, retiro, estudio,  
de qué me servis? De nada.  
La ciencia puede hacer justos:  
pero troncos? Patarata.  
Ya lo conozco, sí: y mucho  
que lo conozco... (2)

FERNANDO.

Extremada

(1) Quarto en casa de Don Felipe. D. Felipe  
paseándose melancólicamente: Don Fernando y  
Roque le observan desde la puerta.

(2) Se sienta con fatiga.

81

ó el Filósofo Enamorado.

debe de ser su tristeza,  
quando asi á sus solas habla.

ROQUE.

Esta es costumbre de sabios:  
en las concurrencias callan  
como si hablar no supieran:  
y á sus solas se arrebatan,  
y garlan como cotorros.

FELIPE.

Filosofia! qué fatua  
voz, para el que bien la entiende!  
Filosofia!...se cansa  
un pobre diablo en poblar  
su mollera (toda calva  
con la fuerza del estudio)  
de sentencias ponderadas  
con tono de magisterio:  
allá en su memoria estampa  
magníficos documentos;  
virtud, decencia, constancia,  
fidelidad, heroísmo.  
Y bien: qué tenemos? marcha  
nuestro sabio á una visita:  
vé á una mozucla agraciada,  
festiva, ojos retozones,  
alagüenia, con tez blanca,  
y sonrosadas mejillas:  
á Dios: (1) llevóse la trampa  
la ciencia del pobre sabio:  
y es preciso. ¿Qué es estatua  
el hombre aunque sabio sea?  
Las pasiones sujetarlas

(1) Aquí se levanta.

(1) Aquí se levanta.  
(1)

á la razon, santo y bueno:  
quien de aniquilarlas trata,  
ó quiere engañar al mundo,  
ó él á sí mismo se engaña.

FERNANDO.  
Gran leccion, amigo mio!

FELIPE.  
Me oisteis? Qué risa! Vaya  
¿qué os parece un docto hablando  
consigo á solas? No espanta  
con sus arqueos de cejas,  
sus gestos, y manotadas?

ROQUE.  
Energümenos parecen.

FELIPE.  
Roquillo: perdona, y marcha (1)

FELIPE.  
Ahora bien: aquí á mi lado  
os sentad, y dos palabras  
escuchadme atentamente,  
y ved que son de importancia.

FERNANDO.  
Ya os escucho. (2)

FELIPE.  
Pues, Señor,  
por experiencia bien larga

(1) Vase Roque.

(2) Siéntanse.

os puede constar que yo  
soy hombre de bien.

FERNANDO.

¡Qué estraña  
proposicion!

FELIPE.

Despacito:  
yo por vuestra linda cara  
quise ser vuestro tercero  
en esa empresa endiablada  
de haceros de Inés marido.

FERNANDO.

Y de ello os doy muchas gracias,  
y os pido continúeis,  
si vuestro mal no se agrava.

FELIPE.

Qué mal?

FERNANDO.

El que os afligió  
en casa de Inés.

FELIPE.

Qué gracia!  
¡quereis que mi mal no siga,  
y de su aumento me encarga  
vuestra inocencia! Tontuelo!  
¿sabeis de mi mal la causa?

FERNANDO.

Yo, cómo?

FELIPE.

Es una vic oca  
tal es su maldita casta,

98 *La Escuela de la Amistad,*  
que hasta con vos me indispone :  
ved si será extraordinaria ,  
quando me hace intolerable  
vuestra amistad.

FERNANDO.

Despreciarla  
bien podreis vos ; mas romperla,  
mientras duren en mi alma  
razon y agradecimiento ,  
no le podreis. Sin tardanza  
decidme de vuestros males  
la ocasion, y acreditada  
vereis mi fineza al punto.

FELIPE.

Así prometéis sin tasa ?  
facilidad de muchacho !  
¿qué tal, si yo me agarrara  
de vuestra promesa ahora ?

FERNANDO.

Hay mas que experimentarla ?  
declaraos.

FELIPE.

Lindamente ;  
y una vez que está empeñada (1)  
vuestra amistad en servirme ;  
lo que vuestro amigo os manda  
es, que abandoneis á Inés,  
porque enamorado se halla  
de ella vuestro amigo , y quiere

(1) Con seriedad irónica.

6.º el Filósofo Enamorado. 99

hoy mismo la mano darla,  
sino lo habeis por enojo.

FERNANDO.

Ahora salis con tal chanza  
despues de tantos misterios?  
por Dios que todo me hallaba  
temblando al veros tan grave  
ponderar las circunstancias  
de vuestro mal.

FELIPE.

Y qué es poco ?

Señor mio , aquella maula  
de Inés me ha desconcertado  
el corazon. De sus gracias  
me prendé : la traydorquilla  
me ha clavado hasta las cachas  
el puñal de su belleza :  
me es imposible mirarla  
sin sentir acá en el pecho  
un no sé qué , que me arrastra  
á estimarla , á apeteerla.  
Si este mal , amor se llama, (1)  
estoy muy malo, muy malo.

FERNANDO.

Hablais de veras?

FELIPE.

¿ Se tratan

nunca tan graves asuntos  
con ayre de bufonada ?

(1) Aquí se levanta Felipe , y Fernando le sigue.

Sí, señor; si la vehemencia de mi amor no se declara en toda su fuerza ahora, crecerá quanto mas vaya creciendo el trato. Ahora bien; ya está de muy mala data este negocio, y así pues ni querreis que yo os haga una ruindad, ni yo quiero hacerla; dexadme en casa lograr mi antiguo reposo: ahora es pequeña la llaga, y admite cura: si vuelvo á ver á Inés, si á tratarla... ya me entendéis...vos, y yo obraremos con infamia: yo por mal amigo, y vos por consentir que mi llama cada vez se inflame mas. (1)  
 Qué decis? Ele? no encaxa mi arenga?

FERNANDO.

¿Con que en efecto  
 amais de veras?

FELIPE.

¿Hablaba yo con un sordo? Esto es bueno! juzgais que no tengo alma yo tambien, ojos, sentidos, con todas las zarandajas de debil, y de sensible?

(3) Don Fernando habrá quedado suspenso profundamente.

FERNANDO.

Un filósofo....

FELIPE.

Extremada

simpleza! Fernando mio, con sus apariencias bastas, su severidad, su ceño, sus sentencias pronunciadas con autoridad pomposa, un filósofo se abrasa dentro de sí con las mismas pasiones, que acriminadas se oyen en su boca. Oid: el que sabe sujetarlas es filósofo; el que no, con toda la enorme carga de su ciencia, será solo como los mas.....alma baxa.

FERNANDO.

Con que en efecto?

FELIPE.

En efecto.

FERNANDO.

¿Con que si yo no mediara, vos casárais con Inés?

FELIPE.

Como hay viñas.

FERNANDO.

Pues logradla enhorabuena; y á Dios:

si conseguís agradarla,  
es vuestra; yo me retiro. (1)

FELIPE.

Cómo es eso? Habcis de amarla,  
vive Dios, á pesar mio.  
Qué? se rompe una palabra  
tan fácilmente en asuntos  
tan serios? La teneis dada  
vuestra fé, habeis de cumplirla.  
Amarne Inés! ¡linda traza  
tengo yo para querido  
de veras de una muchacha  
delicada, hermosa, y tierna!  
mi amor propio no me engaña.  
Si otra fuera, puede ser  
que quererme aparentára  
por mi hacienda; mas de veras?  
majadería, bobada.

FERNANDO.

Inés tiene mucho juicio,  
y sé bien que no se paga  
de apariencias personales,  
sino van acompañadas  
con la virtud.

FELIPE.

Y aun por eso  
á vos de veras os ama.  
¡No se paga de apariencias  
personales! si las halla  
unidas con la virtud,  
se pagará. Voluntaria

(1) Quiere irse.

no amaré nunca una niña  
á un hombron tosco, de rara  
figura, y con sus cinquenta  
navidades á la espalda.  
Si por su juicio le elije,  
vivirá martirizada  
con resignacion. En fin,  
ella á vos está inclinada;  
y arrancarla de vos fuera  
violentar su repugnancia  
para hacerla miserable.

FERNANDO.

¿Y qué no está violentada  
cruelmente por su hermano?  
Si de auxiliarme se aparta  
vuestra amistad, nunca Inés  
será mia: de la avara  
condicion de Don Silvestre  
no hay que esperar sino infaustas  
opresiones. Al Marques  
otra vez querrá entregarla,  
y en tan dura alternativa  
vos merecis, cosa es clara,  
ser preferido. Servidla,  
amigo mio, agradadla,  
y hacedla vuestra, que el trato  
borrará las circunstancias  
desagradables, que ahora  
en vos advierta: mis ansias  
se darán por muy contentas  
de que ya que me separa  
mi suerte de Inés, su mano  
consiga quién estimarla  
sabrà, quién agradecer.  
el don precioso que alcanza.

*Fernando me  
filósofo que  
filósofo*

FELIPE.

Buen marido hareis sin duda,  
quando con paciencia tanta  
os resignais!... Señor mio,  
haya estorvos, ó no haya,  
que yo rabie, que yo ahulle,  
Inés por mí su desgracia  
no llorará: será vuestra....

## ESCENA II.

*Roque y los dichos.*

ROQUE.

Un Oficial de la Sala  
os busca.

FELIPE.

¡Oficial á mí,  
que ni pleyto, ni marañas  
tengo, ni espero decretos  
que me notifiquen! Anda,  
dile que entre.....No sé á qué  
vendrá ahora esta embaxada.  
Oficial! de tales gentes  
ni la vida solitaria  
se libra....

## ESCENA III.

*Roque, un Escribano y los dichos.*

FELIPE.

¿Y pues, qué se ofrece,  
amigo mio?

ESCRIBANO.

Me mandan

que os notifique en el dia  
esta providencia.

FELIPE.

Vaya;

si á mi me embisten con pleytos,  
que huyo de los hombres, larga  
debe de ser la cosecha  
de esta maldita zizaña.

Veamos. (1)

ESCRIBANO.

Mi obligacion

es leer.

FELIPE.

Oigan! Qué cara  
de vinagre!

ESCRIBANO.

Y he sabido

hasta ahora desempeñarla  
con acierto.

FELIPE.

Y bien? Y qué?

ESCRIBANO.

Y es notoria mi eficacia  
en cumplir mi obligacion.

FELIPE.

¿Pues lleve el diablo tu casta  
quien te lo niega?

(1) Don Felipe alarga la mano para tomar el papel que habrá sacado el Escribano: este lo retira, y con tono pesado dice todo lo siguiente.



ESCRIBANO.

Quarenta años, y quatro semanas hace que me exâminé, y en este tiempo....

FELIPE.

Despachas, ó te rompo la cabeza?

FERNANDO.

Amigo, (1) aquí no se gastan sandeces; haga su oficio, ó váyase.

ESCRIBANO.

Es que alargaba el señor la mano, y yo sé leer.

FELIPE.

Quanto vá que salta por el balcon el señor Don Oficial.

ESCRIBANO.

Vaya en gracia. (2)

„El Señor Don Alonso Ramirez, del Consejo de S. M. su Alcalde de Casa, y Corte &c. En la causa, que por delacion de hoy, se debe sustanciar contra Don Felipe Cisneros, mando, que para diligencias quede éste, por ahora, arrestado en su casa, se tome razon de

(1) Al Escribano.  
(2) Saca los anteojos, pónelos, y lee tar tamudeando.

sus bienes, á cuyo efecto se comisiona el Escribano Simon Trompeta, (servidor de Vms.) interin pasa su Señoría personalmente á continuar las diligencias.”

Y firma su Señoría, segun costumbre: miradla.

FERNANDO.

Amigo, qué es lo que he oido? qué desdicha no esperada es ésta?

FELIPE.

Yo no lo sé.

Solo sé que si pillára aquí al impostor infame que ha tramado esta maraña, no se riera el perverso de su calumnia. ¿Esto pasa en el mundo? ¿A tanto llega la iniquidad inhumana de los hombres, que no sirve, que no aprovecha, no basta huir de ellos, evitarlos para que tranquila, y salva viva la inocencia?

FERNANDO.

Amigo, si conocéis que está sana vuestra conciencia, pensad que este infortunio os prepara nueva gloria, lustre nuevo. Por algun tiempo ofuscarla podrán vuestros enemigos;

pero al fin, verán burlada  
su iniquidad....

FELIPE.

Eso es:

y en tanto que de la manta  
tira el diablo, y se descubre,  
que sufra penas amargas  
el hombre de bien, que aguante  
el descrédito, la infamia,  
los males que le ocasiona  
un vil impostor. Me sacan  
de mí, sin que esté en mi mano,  
estas cosas: ahí es nada!  
Envidias, odios, calumnias,  
persecuciones, venganzas,  
degollarse unos á otros,  
quitarse el honor, la fama,  
destruirse, desmentir  
los hechos con las palabras,  
armarse lazos ocultos,  
y con infiel confianza,  
preparar alevosías  
para que triunfen la trampa  
y el vicio de la virtud,  
que es siempre sencilla, y franca.  
Si estas son allá en el mundo  
las mas comunes hazafias,  
digo...¿el que las vé, y las sufre,  
podrá en paciencia llevarlas?

FERNANDO.

Y si para tales lances  
no os aprovecha la sabia  
filosofía, ¿á que efecto

con tanto ardor cultivarla?  
El hombre justo, seguro  
con su inocencia, no infama  
su valor con la flaqueza  
del lamento. La constancia  
es el dote mas precioso  
de la virtud: á las almas  
debiles tocan las quejas,  
y el temor á las malvadas.

FELIPE.

Muy bien dicho; si señor:  
está la tierra plagada  
de vicios, y la señora  
filosofía muy mansa,  
flemática, y pachorruda,  
con indolencia insensata  
los ha de ver, sin que un pito  
se le dé de que se vayan  
los hombres á los infiernos.  
Señor mio, á mi me enfada  
toda ruindad: en los hombres  
veo solo una camada  
de lobos, que se devoran  
despues que exercen su saña  
sobre la res inocente.  
Y pregunto: ¿á quien le causa  
gusto verse acometido  
de uno, ó mas lobos, que tratan  
de pillarle descuidado  
para hacer de él su vianda?  
A mí no me espantan penas:  
tengo para tolerarlas  
valor; pero no le tengo  
para sufrir con elada  
indiferencia la furia

ya sorda, ya declarada  
con que á deguello se tiran  
esas bestias sanguinarias  
que se llaman hombres. (1) Vamos  
Señor Don plomo, á otra estancia,  
y entregaré los papeles  
de mis haciendas y alhajas. (2)

FERNANDO.

Roque qué es esto?

ROQUE.

No sé:  
de mí solo se acompaña  
mi amo; y siempre inculpable  
le he visto.

FERNANDO.

Desdicha estraña!

De qué sirve la virtud?  
mi amistad en qué se para?  
Buscaré al Juez, le instaré,  
y si á librarle no bastan  
mis diligencias, conmigo  
dividirá sus desgracias.

(1) Al Escribano.

(2) Vase con el Escribano.

ESCENA IV.

*Inés, Luisa, Benita, D. Silvestre y dichos.* (1)

SILVESTRE.

Oh! mi Señor Don Fernando?

FERNANDO.

Guárdeos Dios. (2)

SILVESTRE.

¿Qué patarata  
será esta? A bien que en él  
no libro mis esperanzas.

INÉS.

Luisa, no viste aquello?

LUISA.

Ya voy viendo que no quaxan  
nuestros ardides.

SILVESTRE.

¿Que hay (3)  
de nuevo, amigo, que estaba  
la puerta abierta, y en ella  
dos hombres como de guardia,  
que á fuerza de muchos ruegos  
nos permitieron la entrada?  
Pasábamos en el coche

(1) Al tiempo de irse Don Fernando salen  
Don Silvestre y Damas.

(2) Vase sin hacer caso.

(3) A Róque.

por aquí, y estas muchachas  
no pudieron resistirse  
á la atención cortesana  
de ofrecerse á vuestro amo  
personalmente. Está en casa?

ROQUE.

Si, Señor.

SILVESTRE.

Pues avisadle.

ROQUE.

Ay Señor! que algun canalla  
le ha perdido.

SILVESTRE.

Le ha perdido?

LUISA.

Que sucede? en qué te paras?  
por qué lloras?

ROQUE.

Ahora mismo

de arrestar á mi amo acaban,  
y de embargarle la hacienda.  
Ay! amo mio!

SILVESTRE.

Caramba!

LUISA.

Y en dónde está preso?

ROQUE.

Aquí.

SILVESTRE.

Y dices que seqüestradas  
están todas sus haciendas?

ROQUE.

En este negocio andan  
allá dentro.

SILVESTRE.

Lo he sentido

ciertamente; me gustaba  
el buen Don Felipe: sí, (1)  
en efecto, su cachaza  
era singular... El pobre  
tropezaría en la falta  
que todos los sabios. Ellos  
en proferir no reparan  
proposiciones... No hay duda...  
la libertad con que hablan...  
son terribles! Vamos, niñas,  
que no es aquí de importancia  
nuestra presencia, y corremos  
mucho peligro.

INÉS.

¿Así tratas

á quien por consejo tuyo  
esta visita excusada  
le hemos hecho? Así le dexas,  
despues que darle pensabas  
mi mano?

SILVESTRE.

Pues que hay en esto  
de estraño? Toda es mudanzas  
esta vida: el que hoy prospera

(1) Tomando un polvo con frescura grosera.

se vé abatido mañana;  
 y el hombre prudente debe  
 no dar lugar á que caiga  
 sobre él la agena ruina.  
 Don Felipe me agradaba  
 para cuñado, mudóse  
 la suerte; ya no me agrada.  
 Todos así lo executan,  
 y él mismo lo executará  
 conmigo...; qué es poco asunto  
 verse enredado en la trama  
 de una causa criminal,  
 sin que un cuarto á mi me vaya  
 en ello? Sí: pues es cierto  
 que son pocos los que pagan  
 lo que no deben, tan solo  
 por querer meterse en danzas  
 que ni les tañen, ni tocan.  
 Tú de estas cosas, hermana,  
 no entiendes. Vamos corriendo,  
 que el Marques estará en casa  
 esperándonos, y es justo  
 no darle poste.

INÉS.

Me pasma  
 tu indignidad, me horrorizan  
 costumbres tan inhumanas,  
 tan bárbaros sentimientos  
 en quién mi hermano se llama.  
 ¡A lástima no te mueve  
 la infelicidad que agrava  
 á un hombre, á quien poco ha  
 tu mismo lisongeabas,  
 y su deudo apetecías?  
 Ah! qué vileza! Ea, aparta

tu presencia de este sitio  
 donde habitan hermanadas,  
 á pesar de este infortunio  
 la fé, la amistad, la santa  
 beneficencia: que un hombre  
 que hasta aquí virtudes tantas  
 supo ejercer tan constante,  
 no es posible que pasára  
 tan presto á la iniquidad  
 que algun malvado le achaca  
 para oprimirle. Anda, evita  
 tu peligro, con la baxa  
 disculpa de tu prudencia,  
 y permite que la flaca  
 firmeza de una muger  
 te enseñe la ley sagrada  
 que la humanidad impone:  
 la inefable ley que manda  
 condolernos de los males,  
 y auxiliar en sus desgracias  
 á los infelices. Ea  
 vete.

LUI SA.

Si, Silvestre, anda  
 no pares aquí un momento  
 que suelen salir muy caras  
 estas generosidades:  
 nuestro sexó se arrebatá  
 facilmente, y á la vista  
 del riesgo no se acobarda.  
 Quando tropieza ocasiones  
 de dolor, corre con ansia  
 al socoro: ya se vé,  
 son locas, y atolondradas  
 las mugeres! Y aun por eso  
 es quizá con ella blanda

la justicia, cuando acuden  
 á las desdichas. Mirarlas  
 con frialdad, y aun con placer,  
 es grandeza reservada  
 para los hombres. En ellos  
 son mas fuertes las entrañas,  
 son héroes, ya me hago cargo:  
 y es preciso que no caigan  
 en flaquezas mugeriles.  
 Ellos son grandes, si matan,  
 si destruyen, si persiguen,  
 si subyugan, si maltratan:  
 quando deguellan son héroes,  
 magnánimos quando abrasan  
 y asolan. Acá nosotras,  
 que somos, y así nos llaman,  
 animales imperfectos,  
 nos hallamos destinadas  
 á obrar con debilidad;  
 toda pena nos desmaya,  
 toda desgracia nos duele,  
 y corremos á aliviarlas  
 por lo mismo. Oh! las mugeres  
 son locas y atolondradas.

BENITA.

No son sino verdaderas  
 heroínas. Noramala  
 para los hombres: hicieran  
 lo que nosotras, y halláran  
 mas suavidad en la tierra,  
 costumbres ménos tiranas,  
 y mas placer y sosiego.  
 Por su voluntad nos tratan  
 de animales imperfectos;  
 y ellos que todo lo mandan

tienen arruinado el mundo,  
 que es perfeccion extremada.

SILVESTRE.

Ea, si empiezan, ni el diablo  
 que las sufra: con su labia  
 querran precisarme ahora  
 á que yo saque la cara  
 por un hombre delinquente  
 que la justicia afianzá...  
 y con razon, pues lo hace.  
 Ahora bien, Señoras sábias,  
 vamos de aquí. A Dios, amigo. (1)

ESCENA V.

Juez, Alguaciles, Don Fernando y dichos. (2)

FERNANDO.

Estas, Señor, son las Damas  
 que os he dicho, y el hermano..

JUEZ.

Ya estoy. Os puedo dar gracias  
 porque á los primeros pasos  
 de tan peligrosa causa,  
 encontrándome, pudisteis  
 darme para rematarla,  
 suficiente desengaño.  
 Señoras, si no me engañan

(1) A Roque.

(2) Coge de los brazos á las dos para llevar-  
 selas, y al tiempo de marchar sale el Juez con  
 Alguaciles, y Don Fernando: Don Silvestre al  
 verlos se queda cortado.

mis noticias, me parece  
que es de muy grande importancia  
vuestra asistencia á mi lado  
en esta ocasion. No salga  
nadie de aquí, mientras yo  
no mande dar puerta franca.

SILVESTRE.

No lo dixes? (1) me han perdido:  
por vida... si es solo gana  
de perderse, el hacer bien.  
Señor, ved que con incauta  
seguridad la desdicha  
nos ha traído á esta casa,  
sin saber ni presumir  
las maldades que fraguaba  
su dueño....

JUEZ.

¿Y quien os ha dicho  
que son acciones malvadas  
las que este mal le ocasionan?  
Sabed que hay mucha distancia  
de ser infeliz, á ser  
delinquente. Ola, Carranza, (2)  
andad, y al Marques de Espina  
buscadle, y aquí sin falta  
traedle; sabeis quien digo?

ALGUACIL I.

Bien le conozco.

FERNANDO.

Ahora estaba (3)

(1) Afligido y agitado.

(2) A un Alguacil.

(3) Al Alguacil que se vá.

en ese café vecino.

Al pasar le ví en la sala  
haciendo corro con otros.

} Costumbres

JUEZ.

Hablando mal de la patria  
que ellos corrompen; tachando  
con estupendas bobadas  
lo que no entienden; mintiendo  
y murmurando. Así pasa  
su tiempo la gente culta;  
mientras la tosca se afana  
para el ocioso regalo  
de esa caterva insensata.  
Ahora bien, Señoras mias,  
aunque los Jueces recatan  
por lo comun sus designios,  
tal vez por no dar entrada  
á la malicia, al empeño;  
las diversas circunstancias  
pueden hacer que esta regla  
no nos fuerce á su observancia  
perpetuamente. A lo ménos  
yo tengo por mas hidalga  
conducta evitar delitos,  
que buscarlos. Ni me llama  
tampoco la inclinacion  
á la tela enmarañada  
de los litigios. Sus pasos  
son, quanto mas se dilatan,  
mas arriesgados. Se dá  
lugar á que en busca vayan  
de valedores las partes:  
á que con nuevas y falsas  
cabilaciones y enredos,  
las cosas en sí mas claras

} Fortalez

se hagan obscuras ó inciertas.  
 Se acumulan las falacias,  
 los ardidés, los embrollos  
 enormemente, se agravan  
 las cosas, compareciendo  
 con mayor bulto, y turbada  
 la justicia, en el obscuro  
 laberinto de tan varias  
 incidencias; quando quiere  
 determinarse en las causas,  
 perplexa y tímida tiembla  
 porque se halla de luz falta.  
 Lo digo porque yo siempre  
 he querido mas cortarlas  
 en su origen, que esperar  
 á que influya la tardanza  
 con su incertidumbre en ellas.  
 Es una gran patarata  
 segun creo, la que aquí  
 me ha traydo, muchaehada  
 de un calavera. El Marques  
 ha acudido esta mañana  
 delatando á Don Felipe  
 de haberle con toda instancia  
 intimado un desafio.  
 En su prudencia, y sus canas  
 tal delirio es increíble.  
 Por otra parte declara  
 este caballero, que es  
 efecto de una venganza  
 tal acusacion. Pretendo  
 carearlos: solo falta  
 por lo que á mi intento importa,  
 que allá dentro retiradas  
 estas Señoras esperen  
 mi decision.

BENITA.

Oh! bien haya  
 mil veces Juez tan prudente!  
 Bendita sea su alma  
 y Dios le prospere, amen.  
 En estos sí que se ama  
 la justicia: en los Nerones  
 tiene malísima cara.

INÉS.

Señor, que mireis os ruego  
 por el sosiego y la fama  
 de un inocente: lo está  
 Don Felipe.

## ESCENA VI.

Don Felipe, Escribano y dichos.

FELIPE.

Ola! gallarda (1)  
 visita....(2) Señor, venis  
 por mí? ya está despachada  
 la diligencia primera;  
 vamos, pues, á la posada (3)  
 del poco pan: sufrirémos  
 mientras la cosa se aclara:  
 y despues me marchó á un monte  
 á vivir entré chicharras.  
 Me aturdirán.....lindamente!  
 aturden, pero no dañan.

(1) Viendo á las Damas. (2) Viendo al Juez. (3) Al Juez.



E SCRIBANO.

Ó hay aquí mucha inocencia, (1)  
ó mucha malicia.

J U E Z.

Braba

bachillería ! su oficio,  
quando se lo manden, haga ;  
y nunca, ya se lo he dicho,  
me anticipe en las instancias  
su parecer...

F ELIPE.

Seo Escribano,

ustedes son lindas maulas :  
con esas indirectillas  
van preocupando con maña,  
el ánimo de los Jueces,  
y las sentencias amasan  
á su modo: si yo fuera  
Magistrado, me pagáran,  
vive Dios, cada indirecta  
con cepo de seis semanas.  
Señoras, yo en tan mal tiempo  
tanta dicha no esperaba :  
visitar á un delinçente,  
aunque es accion muy humana,  
es accion muy afligida.  
Amigo, de aquí llevadlas ; (2)  
y mientras esté en la cárcel,  
para nada, para nada  
se acuerden de mí : son buenas  
y no quiero que estén malas,  
ni melancólicas. (3) Vamos,

(1) Al oido al Juez. (2) A Silvestre.

(3) Hace demostracion como de quererlas ha-  
cer salir.

que bien podré acompañarlas  
hasta la puerta.

J U E Z.

No pueden

faltar de aquí...anticipadas  
me debeis muchas ideas  
de vuestra inocencia. ¿Estancia  
no hay aquí donde están puedan  
ocultas aquestas Damas,  
mientras acá ventilamos  
este negocio ?

L U I S A.

Yo osara

dar medio para acabarle  
brevemente, si estas faldas  
no tuvieran contra sí  
la opinion de poco aptas  
para tan graves asuntos.

J U E Z.

Mi opinion es muy contraria.  
Oigo á todos, y de todos  
me informo. Sin repugnancia  
decid lo que se os ocurra ;  
que aunque veais en mi garganta  
la golilla, no hallareis  
ni sequedad, ni arrogancia,  
ni desprecio en mi atencion.  
Se precia mucho de urbana  
mi Judicatura. Vamos.

L U I S A.

Pues en esa confianza,  
permitidme que os suplique  
una merced.

JUEZ.

Otorgada ,

si es justa.

LUI SA.

Sí? pues os ruego

que en esta pieza inmediata  
os oculteis , y dexeis  
que aquí yo quatro palabras  
hable con nuestro Don Lindo ,  
y vos , Señor , escuchadlas  
atentamente.

## ESCENA VII.

*Un Alguacil y los dichos.*

ALGUACIL.

El Marques

esperando en la antesala  
está.

JUEZ.

A buen tiempo: alto pues ;  
¿qué se pierde en que se haga  
esta experiencia? Tal vez  
por no prestarse á una rara  
diligencia , queda incierta  
la verdad , y castigada  
la inocencia.

FELIPE.

Ojalá así

todos los Jueces pensarán :  
pero el amor propio...Vamos,  
estas son historias largas.  
Nos escondemos?

JUEZ.

Venid

vosotros , en tanto que hablan  
aquí , estad allá fuera ; (1)  
y entre el Marques. (2)

FELIPE.

Quién? el mandria

de Espina? Y ese mocoso  
interviene en esta danza?  
ya no espero cosa buena.  
En fin , allá se las hayan. (3)

LUI SA.

Benita , quédate aquí ,  
y apoya con eficacia  
quanto yo diga. Es preciso  
sonsacarle.

BENITA.

Sí? en la trampa  
caerá ; ya estoy.

## ESCENA VIII.

*Espina y dichos.*

ESPINA.

¿Pues, Luisa,

tú aquí? Quién es de esta casa  
el dueño? Aquí me han traído  
diciendo que un Juez me llama.  
Dónde está? A qué soy llamado?

(1) A los Ministros. (2) Vanse los Alguaciles.

(3) Escóndense.

L U I S A.

¿Con que tú, donde te hallas  
ignoras, mi Marquesito?

E S P I N A.

Nada me ha dicho el canalla  
que me ha traído. El gran bestia  
por mas que yo le apuraba,  
nada ha querido decirme,  
solo que un Juez...

L U I S A.

Qué bobada!

si dixera que un fiscal,  
ó mas bien una fiscalá,  
tal vez hubiera acertado. (1)  
Ah infiel! mira como anda  
por tí una misera amante.

E S P I N A

¿Y qué es ello?

E S P I N A.

Descaba

hablarte á solas, traydor.  
¿Qué, de esta suerte se engaña  
á una muger principal?  
Ya sé todas tus marañas,  
y para que de una vez  
de tales cuidados salga  
mi pasion, con el ardid  
que has visto, así disfrazada  
á esta casa te he citado;

(1) Con congoja y vehemencia

donde tengo confianza,  
porque la habita un amigo.

E S P I P A.

O amiga...me alegro: vaya.  
Con que zelitos? muy bien:  
¡miren lo que el diablo fragua  
quando sopla á las mugeres!  
Yo pensé que me llevaban  
á un castillo, y por remate  
salimos con esta pata  
de gallo. Si son el diantre!  
Pero ámate, muchacha:  
te quiero, sí, voto á tantos,  
así como dos migajas;  
y ahora mismo en el café  
á los amigos estaba  
diciendo, que estás por mí  
muertecita, y traspasada  
de parte á parte. Te alabo  
quando se viene rodada  
la ocasion, mira si te amo!

B E N I T A.

Sí, y la deguella, y la mata  
á pesadumbres: si ella  
menos tierna se mostrara,  
vos la tratarais mejor.

E S P I N A.

¿Pues yo puedo mas que amarla  
mas que á otras diez que pretenden  
conquistarme? me da rabia  
con esas impertinencias.  
¡Cuydado que son cansadas,  
é insufribles las mugeres.

quando de veras nos aman!  
 Todos son zelos, malicias,  
 presunciones temerarias,  
 acechos, quejas; descan  
 la voluntades esclavas:  
 y lo yerran, como soy;  
 porque en amor, manga ancha,  
 quererse mucho, va bien,  
 pero incomodarse, nada.

L U I S A .

Ah infiel! Yo sé que á otro objeto...

E S P I N A .

Hay tal porfia! Te engañan  
 si te han chismeadado alguno.  
 Pudiera, es cierto, á manadas  
 tenerlos; pero, Luisita,  
 donde estás tú, todas baxan  
 el cuello en mi corazon;  
 á repelones tratarlas,  
 bromear, pasar el rato,  
 y hacerlas rabiarse de gana  
 porque no me pillan: esto  
 ya ves que es cosa que pasa  
 por diversion: que no es justo  
 que un hombre de circunstancias  
 sea uraño, ni cazurro.

L U I S A .

Mi Marques, quien siempre anda  
 distraido, no ama mucho:  
 olvida pronto, y allana  
 el paso á otro amor: del modo  
 que hoy se ha visto, verbi gracia.  
 Si no adoraras á Inés,

dime infiel, ¿desafiáras  
 por su causa á Don Felipe?

B E N I T A .

Líbrese de la pedrada,  
 Señor Marques. Qué maldad!  
 á un tiempo engañar á entrambas.  
 Que por casarse con ella  
 lo posible se afanara,  
 ya que su palabra dió,  
 vaya con Dios: pero amarla  
 tan de veras, que pretenda  
 hacerse dueño á estocadas  
 de su mano; interviniendo  
 las seguridades dadas  
 á esta infeliz; ésta, amigo,  
 es mucha traycion, y...

E S P I N A .

Acabas,

parlera de los demonios?  
 Mira, Luisa, hay gran distancia  
 de casarse á cortejar:  
 pero hallándose empeñada  
 mi opinion, no era posible  
 que á un ribal yo tolerara  
 tranquilamente. No amo  
 á Inés...

B E N I T A .

Y por ella trata  
 de matarse.

E S P I N A .

Callas?

B E N I T A .

Callo.

ESPINA.

No ama siempre el que se casa.

BENITA.

Quien no ama , no desafia.

ESPINA.

Otra? me voy si no callas.

LUISA.

Déxale : desea irse,  
y aparenta que se enfada.  
Déxale , á ver como urde  
la disculpa.

ESPINA.

Tú me matas,

Luisa , con esas cosas.  
Sobre que no ha sido nada,  
nada , nada. Una friolera.  
Tuvimos unas palabras  
Fernando y yo; se cruzó  
á defenderle el fantasma  
de Don Felipe. Le dixé,  
me dixó , acudió á la zambra  
mucho gente , y se acabó.

LUISA.

Pero allí ; quién provocaba  
á quién?

ESPINA.

Yo estaba ofendido :  
y nadie jamas me ultraja  
impunemente. El Fernando  
hace demasiada gala  
de oponerse á mis designios:

sus altiveces me cansan :  
donde yo estoy nadie triunfa.

LUISA.

Pues bien : doy que se picaran  
tu vanidad , ó tu amor ,  
de ver que otro le aventaja  
en el aprecio de Inés:  
Don Felipe , di , ; qué causa  
te dió para que vilmente,  
sí , aleve , le delataras,  
y trates de su ruina?  
la pasion que te arrebató  
bien se vé en esto. Tú adoras  
á Inés , por mas que disfrazas  
tu pasion.

ESPINA.

Mi pasion? ya

vá.

LUISA.

Pues porqué?

ESPINA.

Machaca!

Dale ; el tal Don Fantasmón  
quiso lograr la alabanza  
de ser á mí preferido.  
Se me vino con brabatas;  
vaya á Oran , y allí verémos  
si triunfa de mí. No faltan  
testigos á quien los compra,  
ya tengo tres...

LUISA.

Es bizarra

la accion! otro en este caso  
tuviera por mas honrada

la de haber salido al campo  
á ventilar con la espada....

ESPINA.

Tambien yo hubiera salido,  
si el parage señalara;  
mas no se atrevió. Es cobarde  
y como á tal se le trata  
bien, echándole á un presidio.

ESCENA IX.

*Don Felipe, y dichos.*

FELIPE.

Amigo mio, mil gracias  
por la caridad.

ESPINA.

Pues vos....

FELIPE.

Embayne Vmd. seo Carranza,  
y oígame dos palabritas.  
¿Quién calumnia, quién delata  
iniquamente, qué pena  
merece?

ESPINA.

Luisa, ¿esta trama  
se me ha urdido?

BENITA.

Todos somos  
texedores: vaya, vaya,  
responda clarito, y presto.

FELIPE.

Le ahorraré con mi templanza  
el rubor de su locura.  
Por senda menos ingrata  
echemos, Señor Marques:  
bien sabeis la repugnancia  
de Inés hácia vos; sabeis...

ESPINA.

Soldaduras escusadas;  
me has vendido: bien está:  
se acabó: ya serán vanas (1)  
tus súplicas, tus afectos  
inútiles. Mi constancia  
será ya toda de Inés.

ESCENA X.

*Inés y dichos.*

INÉS.

Si Inés quiere aceptarla.

ESPINA,

Cómo? donde estoy? que es esto?

INÉS.

Caballerito, cachaza.  
¿Tanta merced os haceis  
que solo por vuestra cara  
creéis que debe recibirlos  
por marido qualquier Dama,  
sin que os merezca un cuidado?

(1) A Luisa.

(1) Aparte.

¡Pues cierto son para amadas  
vuestras prendas! Delator,  
calumniador con jactancia  
de serlo: corazon doble  
que al mismo tiempo que casa  
con una, pretende á otra  
para mantener la infamia  
de un comercio escandaloso.  
Virtudes tan rematadas  
bien merecen ciertamente  
justa y merecida paga.  
Sois en todo abominable,  
y yo os pago con una alta  
abominacion.

ESPINA.

Sí? viva;

mi frescura aquí me valga, (1)

que si no esto vá perdido.

Inés, Luisa; si enojadas  
estais, buen provecho. Toma!que tremolina levantan  
por una gran bagatela!

Tú, Inesita, te me enfadas

porque, casando contigo,

te dexo libertad amplia

para entrar, salir, volver,

y hacer quanto te dé gana?

Qué tonta! ¿Pues en el dia

solicitan las que casan

otra cosa? Vaya que eres

antigua y engolillada,

si las hay. Pues digo estotra

con escondites me anda

para averiguar sus zelos.

(1) Aparte.

Es este el siglo de Wamba?

Señoritas, nuevos tiempos,  
nuevas costumbres.

FELIPE.

Y santas.

ESPINA.

En fin, veo que mi intento  
de haceros felices, falla  
por ser vosotras muy tontas.  
Voyme, pues, donde me aguardan  
otras,, que saben vivir:  
alegres, desahogadas....

FELIPE.

Adúlteras, disolutas,  
escandalosas, libianas.

ESPINA.

Qué decis?

FELIPE.

Pongo unas notas  
que vuestro concepto aclaran.

ESPINA.

Vos sois....

FELIPE.

Yo soy, Señor mio,  
quien debe á vuestras patrañas  
la gloria de verse preso:  
y pues al rostro no os saca  
los colores la vergüenza  
de ver aquí acreditada

(1) Quiere irse y escon los demás ocultos.

libertad d. casados

vuestra conducta; una cosa decidme, y luego....

ESPINA.

Matraca

y á ello! Hay tal machacar!  
en fin, en vano trabajan  
los que con tontos se mezclan.  
Para siempre á Dios madamas.

ESCENA XI.

*El Juez, Silvestre y los dichos.* (1)

JUEZ.

Y á donde bueno?

ESPINA.

Señor....

SILVESTRE.

No creyera lo que pasa,  
si no lo vieran mis ojos.

ESPINA.

¿Perfidia tan inhumana  
quando se vió?

JUEZ.

No es perfidia  
lidiar con las mismas armas;  
si vuestra superchería  
formalmente se probara  
en un juicio, y os prometo  
que no os saliera barata

(1) Quiere irse, y salen los demas ocultos.

la ligereza. He sabido  
la verdad, sin que os costara  
rubor, ni perjuicio alguno,  
la obligación de apurarla  
que hay en mí. Para castigo  
de vuestra imprudencia basta  
veros aquí convencido  
á juicio y vista de tantas  
personas de honor; y si esto  
no os corrigé, en mí se halla  
autoridad suficiente  
para que sin otras causas  
á lo que hoy os disimulo  
le dé su valor mañana.  
Que me escuseis os suplico  
la necesidad infausta  
de portarme como Juez.

FELIPE.

Hele, amigo? se devana  
los sesos? hace muy bien,  
si con el sonrojo labra  
su enmienda. Venga un abrazo,  
y que se lleve la trampa  
nuestras quejas.

ESPINA.

Estoy muerto.

FELIPE.

Lo siente? bien va: no es mala  
señal: él podrá ser bueno:  
pero si! si se acompaña  
con los suyos, ya le veo  
que segunda vez resbala,  
y se rompe las narices.



JUEZ.

¿Y de qué modo le quadran  
estas cosas al Señor  
Don Silvestre? Y bien?

SILVESTRE.

Me pasma  
quanto he visto.

JUEZ.

Yo confío,  
que pues la primer palabra  
se dió al Señor Don Fernando,  
llevará á bien no quebrarla  
segunda vez.

FERNANDO.

Que me oigais  
os suplico. Que entre quantas  
venturas pudiera yo  
gozar, es la soberana,  
la mayor, verme enlazado  
á las adorables gracias  
de Inés; mi afecto lo ha dicho  
en las repetidas ansias  
con que perderla he sentido:  
ella fue de mi constancia  
el único objeto: ella  
benignamente inclinada  
á mis ruegos aceptó  
mis deseos. Se pagaba  
mutuamente el amor nuestro,  
fundado en las esperanzas  
de una union apetecida,  
que á su término llegára  
sin zozobras, sin tropiezos,  
si la inclinacion estraña...  
En fin, fue desventurado

nuestro afecto, y esto basta.  
Las resultas dolorosas  
que ocasionó esta desgracia,  
todas las sufre mi amigo;  
por mí la clausura grata  
de su retiro rompió  
para entregarse á la infausta  
solicitud de una vida  
turbulenta y afanada,  
que le repugna. Por mí  
no receló pasar plaza  
ménos decente en el mundo,  
poniendo á riesgo sus canas,  
y su juicio entre las gentes.  
Yo le expuse á que prendada  
su voluntad dél hechizo  
de Inés, experimentára  
nuevo linage de penas,  
que aunque agradables afanan,  
y con los placeres mismos  
oprimen y sobresaltan.  
Por mí, en fin; el trance duro  
sufrió, que mas dolor causa  
al hombre de bien: se ha visto  
jugete de la acechanza  
de unos zelos insensatos,  
ó emulacion temeraria,  
perseguido, aprisionado,  
sujeta su tolerancia  
á la opinion maliciosa  
de los hombres, siempre vaga,  
y siempre maligna, ¿Y yo  
despues de tales y tantas  
penas por mí padecidas,  
me resolveré á pagarlas  
con un nuevo sentimiento?

Inés mia, á tí te ama  
ese amigo generoso;  
y quando te rinde el alma,  
quien tan hermosa la tiene,  
no dudarás aceptarla,  
pues vale mas que la mia,  
y la mia en ella se halla.

Tan debido sacrificio  
débanos la amistad santa,  
y el digno agradecimiento  
á quien con mano tan franca  
procura hacernos felices  
á costa de su desgracia.

INÉS.

No mas : quiero yo á mí misma  
deberme ( y estoy ufana  
de poderlo hacer ) accion  
tan debida. Si se pagan  
tales generosidades  
con mi mano, aquí se halla  
prontá á unirse para siempre....

FELIPE.

Fernando ! Inés ! Qué bobada !  
qué sandez ! lloro de gozo...  
¿yo privarte, yo privarla  
de la tierna inclinacion  
que os domina, que os enlaza ?  
Venid acá : mil abrazos  
dadme : gocen vuestras almas  
los placeres inocentes  
de la pasion que os inflama,  
y debéis gozar vosotros,  
tú muchacho, ella muchacha.  
Gustad , gustad las delicias

del amor en dulce calma,  
y en venturosa inocencia.  
Yo viejo ya, y á quien llama  
la muerte con presto paso,  
en soledad retirada  
viviré huyendo del mundo,  
y aborreciendo su ingrata  
turbulencia ; y mi consuelo  
scrá saber que se llaman,  
y son por mí venturosos  
dos corazones que pagan  
con la virtud , los deseos  
de un amigo que los ama. )  
Y para que lo exerciten,  
que lleven siempre estampada,  
esta leccion, y á ser lleguen  
lustre y honor de su patria.

FIN.

## ERRATAS.

Pág.	lin.	dice	lease.
xxxii.	28.	de natural;	natural.
4.	4.	aquella,	aquesa.
12.	31.	á mi gusto,	amiguito.
22.	12.	negocio,	negocios.
33.	13.	pudes	puedes.
62.		la nota (3)	no valga.
64.	12.	ese,	este.
84.	12.	esta flaqueza,	esa franqueza.
119.	18.	al empeño	ó empeño.

FIN

